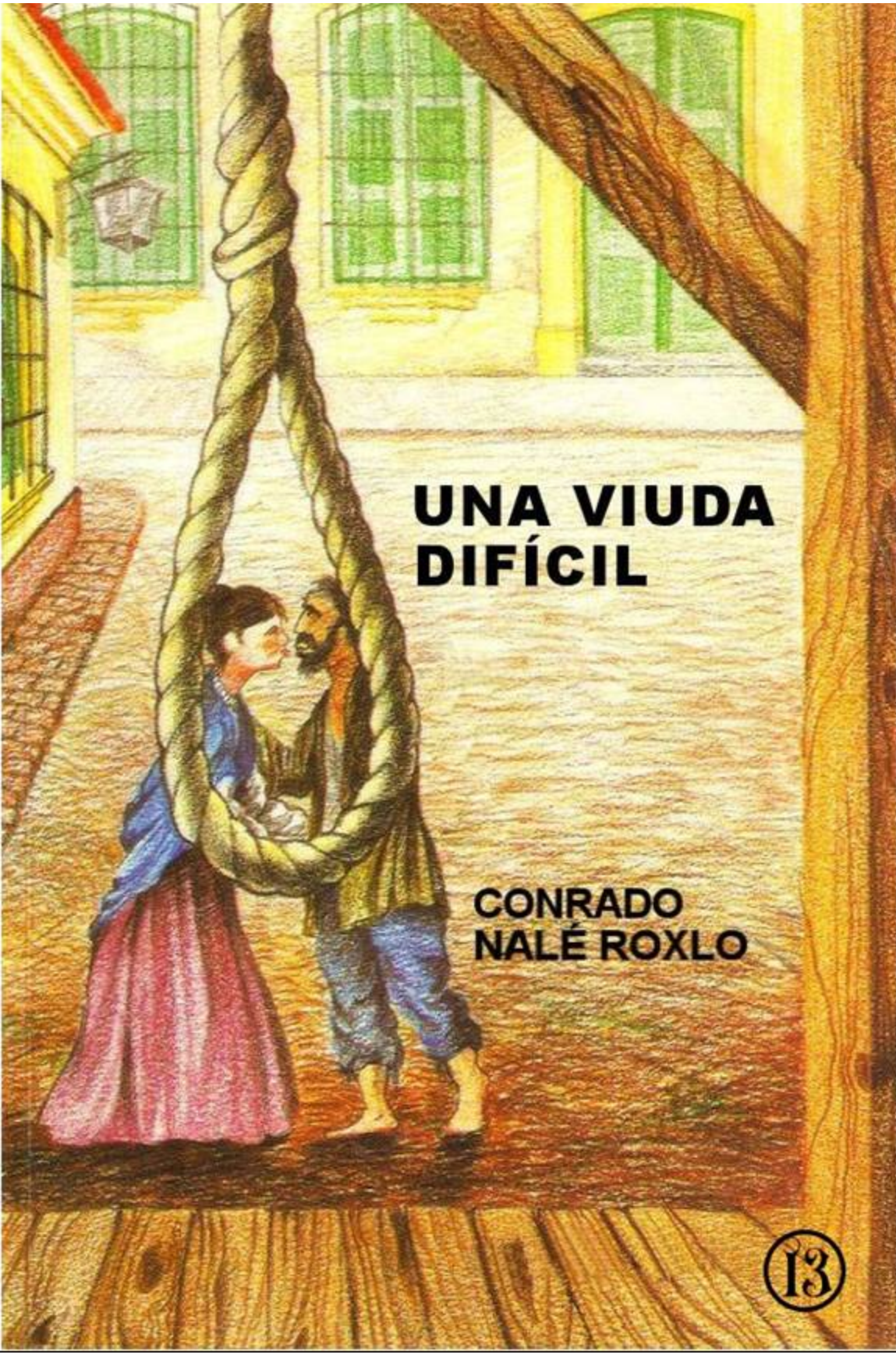




UNA VIUDA DIFÍCIL

**CONRADO
NALÉ ROXLO**

13

Conrado Nalé Roxlo

Una viuda difícil

PERSONAJES

ISABEL

DON COSME

GALÁN

RITA

PEDRITO

JUSTINA

VÍCTOR

NIEVES

MARIANO

VERDUGO

ALCALDE

PREGONERO

FRAY LUCINDO

SERENO

MANCEBO DEL SASTRE

PINTOR

VEJETE

CANTOR

GUITARRERO

UN AMIGO

OTRO AMIGO

MISIA JOVITA

MISIA MICAELA

MISIA MARIQUITA

SOLDADOS, ALGUACILES, PUEBLO

Estrenada en el teatro Odeón el 21 de abril de 1944

ACTO I

CUADRO I

Interior de una platería en el Buenos Aires colonial. Al foro, ventana enrejada que da a un estrecho callejón. Formando ochava con la pared de la izquierda, la puerta de entrada, por la que se ve un pedazo de la calle. A la derecha, puerta que da al interior de la casa y que cubre una alegre cortina de colores vivos. Avanzando de esa puerta, hacia el foro, un mostrador sobre el que habrá cuadros de terciopelo rojo y azul con exvotos^[1] de plata. En todas las paredes, altos anaqueles con platería y algunas finas guitarras taraceadas. Entre la puerta y la ventana de la izquierda, un espejo. En primer término, un gran arcón que sirve de asiento. Frente a la ventana del foro, una mesita y sillas. En las ventanas, jaulas con pájaros y muchas flores. El conjunto debe ser alegre pulcro y rico, digno marco de Isabel, la bella platera, a quien vemos al levantarse el telón en los últimos peldaños de una escalera, pasando el plumero por el anaquel del foro. Es una hermosa mañana de sol y de verano. Aparece don Cosme en la puerta de calle; se detiene un momento contemplándola extasiado; luego da unos pasos dentro de la escena y, sin dejar de mirarla golosamente, toma un polvo de rapé y estornuda.

ISABEL (sorprendida).— ¡Jesús! (Se da vuelta y sentándose en lo alto de la escalera deja caer los brazos a lo largo del cuerpo con desaliento y suspira.) ¡Ah!, era usted, don Cosme.

DON COSME.— ¡Hija, lo dices de un modo!... ¿Es que no te gusta la clientela seria?

ISABEL.— Clientela seria... Ésa es la que estoy esperando desde que murió mi pobre marido, que en gloria esté. (Suspira. Transición^[2].) ¿Sabe, don Cosme, que hoy también ha perdido usted?

DON COSME.— ¿Qué es lo que he perdido, además del sueño y el corazón, bellísima Isabel, flor de las viudas de la colonia?

ISABEL.— Una carrera que corre usted todas las mañanas y en la que viene a ser, guardando el respeto debido, uno de los caballos.

DON COSME.— ¡Caballo!... Pero prosigue, Isabelita, que labios rojos no ofenden, y, por otra parte, se conocen caballos muy ilustres: el de Troya, cantado por Homero; Bucéfalo, que fue cónsul romano^[3]...

ISABEL.—Usted corre con el del lechero. Me pregunto siempre al levantarme quién de los dos llegará primero. Y hoy le ha ganado el tordillo de Uribelarrea. (*Baja de la escalera riendo y va a colocarse detrás del mostrador.*)

DON COSME (*un tanto ofendido*).—Hija, gastas unas bromas...

ISABEL (*profesional*).—¿Deseaba usted algo?

DON COSME (*suspirando*).—¡Ay!, Isabel, cruelísima Isabel, bien sabes tú lo que deseo. Ayer, sin ir más lejos, le decía al señor deán que aquí, en tu ambiente, parecías una perla rosada en engarce de plata.

ISABEL (*que ha estado repiqueteando con los dedos en un objeto de plata*).—Y el señor deán, ¿qué le respondió?

DON COSME.—Que una de estas tardes se llegaría por aquí, pero yo le dije que no se había hecho la miel... je, je. (*Se pavonea.*)

ISABEL.—En eso estamos. (*Saliendo de detrás del mostrador y acercándosele.*) Bien, don Cosme, ¿desea usted algo, en objetos de plata, se entiende?

DON COSME.—Este... sí... quisiera algo como para regalar a una niña que se casa.

ISABEL.—¿Alguna de sus nietas?

DON COSME.—¿Nietas?... Pero ¿me crees tan viejo?

ISABEL.—¿Pero no tiene usted tres nietas, don Cosme?

DON COSME (*fastidiado*).—Sí, claro, como tenerlas, las tengo, pero son de mi primer matrimonio y por respeto a mi nueva esposa he olvidado todo lo que a la otra se refiere. Tacto, Isabelita, delicadeza.

ISABEL.—¿Y el pellizco que me dio usted la otra mañana en donde Dios me perdone, era tacto?

DON COSME (*conciliador*).—Vamos, hija, que esa severidad no sienta bien a tu juventud, ni a tu belleza, ni a tu estado. ¿Qué diría el difunto si levantara la cabeza?

ISABEL (*dando un respingo*).—¡Eh, mi marido!

DON COSME.—Sí, hija, sí. Tú heredaste, y que Dios te los conserve por muchos años, sus bienes materiales, pero tienes también la obligación de recoger su herencia moral, de continuar sus normas, su modo de ser; y él era tan dado, tan cordial, tan efusivo, tan abierto... Dondequiera que me encontrara se me abalanzaba diciendo: ¡Venga un abrazo, don Cosme! (*Intenta abrazarla, pero Isabel le da un empujón que lo hace trastabillar; él se agarra los riñones, diciendo:*) ¡Ay! ¡Ay! (*Isabel corre al mostrador y toma con violencia una jarra de plata, con la que vuelve como si se la fuera a estrellar por la cabeza, pero, cambiando de actitud, se la ofrece.*)

ISABEL.—He aquí el mejor regalo para una boda. Plata del Perú, sin aleaciones y bien maciza.

DON COSME (*sopesando la jarra*).— ¡Pero si es una pluma! (*Al devolvérsela intenta acariciarle la mano, pero ella se la deja caer, intencionalmente, en un pie.*) ¡Ay! ¡Ay!, me has destrozado la espinilla y el metacarpio. (*Deja caer el bastón y salta en un pie agarrándose el dolorido.*)

ISABEL.—Pero ¿no decía usted que era una pluma? (*Le recoge el bastón y se lo entrega.*)

DON COSME.—Ya veo, ya veo que tiene buen peso. Mañana vendré a verla con más detenimiento. (*Se va cojeando.*)

ISABEL (*desde la puerta*).—Cuidado con las piedras, don Cosme. (*Se vuelve, entre risueña y enojada, detrás del mostrador.*)

GALÁN (*entrando*).—Buenos días. Vengo a ver si ya está el freno...

ISABEL (*con retintín*).—Su freno estará, como se lo vengo diciendo todos los santos días desde hace una semana, el quince; así es que no tiene que molestarse en venir a preguntar.

GALÁN.—Es verdad; ¡qué memoria la mía!... (*Se queda embobado mirándola.*) Entonces volveré esta tarde. Buenos días... (*No se decide a irse.*)

ISABEL.—¡Uf! (*Plumerea nerviosamente.*)

GALÁN.—¿Decía algo, señora?

ISABEL.—Nada, las moscas.

GALÁN.—¡Ah, sí! Entonces hasta luego. (*Al irse el Galán, volviendo la cabeza para mirar a Isabel, se da un encontronazo con Rita, que entra con un cirio muy adornado en la mano.*)

GALÁN.—Dispense. (*Termina de irse.*)

RITA.—El gusto es mío, caballero. (*Mirándolo embelesada.*) ¡Qué galán! ¡Casi me arranca un hombro, pero con una gentileza! (*Corre a mirarlo por la ventana.*)

PEDRITO (*entrando con un mate de plata en una mano y una diamela en la otra, que trae oculta a la espalda*).—Buenos días, señora Isabel...

ISABEL (*toma un mate de un estante y se lo da a cambio del que él le trae*).—Toma el mate, dame el mate. Ahora dame la flor. (*Él se la da.*) Y ahora vete porque se te va a enfriar el agua.

PEDRITO (*se va sin dejar de mirarla muy arrobado*).—Sí, señora, sí...

RITA.—¿Y eso?

ISABEL (*prendiéndose la flor en el pelo*).—Es el hijo del boticario de la Recova. Hace un mes que me compró un mate, y todos los días viene a cambiármelo con diferentes excusas y a traerme una diamela. Hace un mes, y no tengo más que veinte mates, lo que quiere decir que ya estamos en la mitad de la segunda vuelta. ¡Dios me dé paciencia!

RITA.—¿Y no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor viene por verte?

ISABEL (*con exagerada y falsa incredulidad*).— ¡Qué he de pensar, mujer! ¿No te sientas?

RITA.—No, que voy de prisa. Quería un corazoncito de plata para San Antonio. Le llevo también esta vela.

ISABEL (*mostrándole los que hay sobre el mostrador*).—Aquí tienes para elegir. Mira, éste es muy bonito.

RITA.—Prefiero este otro, atravesado por la flecha de Cupido y con dos gotitas de coral representando la sangre de tan dulce herida. A ver si el santo me

escucha de una vez... Bueno, el pobre no tiene la culpa: lo aturden pidiéndole gollerías. Que quiero un novio así que quiero un novio asao... Yo, ya se lo he dicho con toda franqueza: que me dé lo que pueda, pero pronto. ¿No te parece? Porque a una también se le puede pasar la juventud.

ISABEL.—Naturalmente. A novio bajado del cielo, no hay que mirarle el pelo^[4].

RITA.—¡Eso digo yo, aunque sea calvo! (*Con envidia.*) Qué suerte tienes tú, siempre con la casa llena de hombres... ¡Es como el paraíso terrenal!

ISABEL.—En el paraíso terrenal había uno solo, y casado con la dueña de la casa.

RITA.—Bueno, esto viene a ser un paraíso más poblado... ¡Y tú la manzana en fuente de plata!

ISABEL.—Eso quisieran ellos: la manzana servida. (*Suenan campanas.*)

RITA.— ¡El tercer toque! Me voy corriendo, que ya debe de estar la iglesia repleta con todas las viejas incansables de la ciudad, llenándole la cabeza de tonterías al pobre San Antonio. ¡Me voy corriendo, que si no lo voy a pescar cansado y de mal humor! (*Sale como un torbellino.*)

ISABEL.—Adiós, Rita y que el santo te lo depare bueno.

JUSTINA (*apareciendo en la ventana, trae una canasta en la cabeza cubierta con un paño blanco, y pregona*).— ¡Mazamorra fresca!... ¿Quiere mazamorra, niña Isabel?

ISABEL.—Sí, Justina, entre.

JUSTINA (*entra, deja la canasta en el suelo y se sienta en el arcón dando un suspiro y abanicándose con una pantalla de palma*).— ¡Uf, qué calor hace ya por esas calles!

ISABEL (*arrima una silla y se sienta enfrente*).—Descanse un rato; aquí está fresco. (*Queda un momento pensativa.*) Dígame una cosa, Justina, ¿usted es viuda?

JUSTINA (*suspirando*).—Viuda, sí.

ISABEL.—Desde hace mucho, ¿no?

JUSTINA.— ¡Uy!, hace tanto, que me parece que siempre he sido viuda.

ISABEL.— Usted era muy buena moza de muchacha, ¿no es cierto?

JUSTINA.— Así se murmura.

ISABEL.— ¿Y cuando enviudó la debieron festejar mucho?

JUSTINA.— ¡Y claro, es la costumbre!... Usted sabe, niña, cómo son los hombres; hacen como en la guerra; cae uno y el que está más cerca se siente obligado a llenar la brecha, cosa de amor propio... Parece ser que ya durante el velorio de mi finado, que Dios perdone, sus mejores amigos me jugaron al truco.

ISABEL.— ¡Qué vergüenza!

JUSTINA.— Sí, niña, fue una vergüenza que dio mucho que hablar y se hicieron muchas bromas. ¡Imagínese que entre tantos criollos me ganó un gallego!

ISABEL.— ¡Pobre Justina! Me hago cargo de lo que habrá tenido que luchar para defenderse...

JUSTINA.— No vaya a creer...

ISABEL.— ¿No?

JUSTINA.— No, niña; en aquel tiempo las mujeres éramos muy sometidas, y las viudas más... Y, como dice el refrán, el muerto al hoyo y el vivo al bollo^[5].

ISABEL.— ¡Y el bollo somos nosotras, las viudas!

JUSTINA.— Y así es la vida...

ISABEL.— ¡Así es la indecencia! ¡A mí me tienen loca!... Todo el día es aquí un entrar y salir de hombres, que más que platería esto parece taberna. Y lo peor es que me han corrido la clientela de señoras. Ya no se atreven a venir, y ellos nunca compran nada. Parece que desde que falta mi marido ya no hubiera plata que vender. Bajo los precios, traigo de lo mejor, pero nada... «volveré mañana»... «voy a ver»... ¡Esto es lo único que quieren, volver mañana, ver... y tocar, si me descuido un poco! ¡Peste de hombres!

JUSTINA.— Y a usted, niña Isabel, ¿no le gusta ninguno?

ISABEL.—¿Gustarme?... ¡Qué sé yo!... Si hablaran de casamiento... Pero de eso no hay cuidado, y yo, Justina, soy una mujer honrada.

JUSTINA (*se levanta con un suspiro*).—¡Ay, niña!, es tan difícil que a nosotras nos dejen ser honradas, pero, en fin, se ven tantas cosas...

ISABEL.—Lo que es a mí, me verán morir de hambre, cerrar la platería, entrarme de monja, cualquier cosa, pero eso no.

JUSTINA.—¡Ay, niña, usted siempre tan exagerada!... Bueno, voy adentro a dejarle la mazamorrita a la Nieves y salgo por el fondo.

ISABEL.—Vaya, Justina, y dispense el mal humor, pero es que me sacan de quicio. (*Dice las últimas palabras en la puerta de la derecha, por la que acaba de pasar Justina. Después se dirige al mostrador y arregla los objetos de plata, dejando caer alguno. Se ve que está muy nerviosa.*)

VÍCTOR (*apareciendo en la puerta, la contempla un instante, pues ella está de espaldas, y luego entra*).—¡Isabel!

ISABEL (*dándose vuelta rápidamente y dejando caer lo que tiene en las manos para llevárselas a la cara*).—¡Víctor! (*Corren el uno hacia el otro y se estrechan las manos.*) ¿Cuándo llegaste?

VÍCTOR.—Anoche, en el barco inglés, y me ha faltado tiempo para venir a verte.

ISABEL (*conduciéndolo al arcón*).—Ven, siéntate... Parece que te hubiera traído el ángel de la guarda... ¡Me sentía tan sola, tan triste!... ¿Tú ya sabes?

VÍCTOR.—¿Tu casamiento? Sí; me lo escribió mi hermana a Salamanca. Lo que recién he sabido al llegar fue que enviudaste.

ISABEL (*como dando excusas*).—Ponte en mi caso, Víctor; al morir papá, sola, sin experiencia al frente de la platería, sin saber cómo darme vuelta... Julián era su primer oficial... me quería, era bueno, trabajador... Todos estuvieron de acuerdo... Además, nosotros nunca...

VÍCTOR.—Nosotros nunca habíamos sido novios, hasta ahora. (*Le toma el rostro con ambas manos y la besa.*)

ISABEL (*conservando en sus manos las de él*).— ¡Oh, Víctor!...(Después, como vencida por su emoción, inclina la cabeza en su pecho.)

VÍCTOR (*mira inquieto hacia la calle por la ventana*).—Cuidado, nos pueden ver.

ISABEL (*acercándose más a él*).—Que nos vean, ¡mejor!

VÍCTOR (*se aparta sin violencia y entorna la ventana*).—La prudencia nunca está de más. (*Ella frunce el ceño con desagrado, pero después sacude la cabeza, como apartando un mal pensamiento y vuelve a sonreír, dichosa.*) ¡Qué bonita eres! Con razón me dijeron que eras la viudita más festejada de la ciudad.

ISABEL.—No me llames viuda, por favor.

VÍCTOR.—Yo no te he dicho viuda, sino viudita. Hay una diferencia, un distingo, como dicen los teólogos: el que va de una pasa de higo reseca y enharinada a una breva entreabierta y destilando mieles.

ISABEL.—Lo dices muy bien, Víctor, pero es lo mismo; quiero olvidar estos años que estuviste lejos, darlos por no vividos, y si tú no me los recuerdas me será más fácil, pues tu presencia lo borra todo y a tu lado me parece que soy una niña que abre por primera vez los ojos a la vida para que tú me la enseñes, para que me digas el nombre de todas las cosas, porque tú eres el único que lo sabe.

VÍCTOR.—Yo sólo sé un nombre: Isabel.

ISABEL.—Isabel... Es como si por primera vez me hubieran llamado desde un sitio hermoso. ¡Ay, Víctor, me siento tan feliz, que, que...!

VÍCTOR.—Que te parece mentira.

ISABEL.— ¡No, eso no! Si la dicha es lo único verdadero, todo lo demás son invenciones del diablo, telarañas que teje para ocultarnos las flores. Si la tristeza fuera lo cierto, no se habrían borrado todos estos años desabridos en cinco minutos de felicidad.

VÍCTOR (*con amable broma*).—Caramba, Isabel, qué gran profesor de retórica habrías hecho tú en Salamanca^[6].

ISABEL.—Y ya ves... no soy más que una alumna atrasada de amor.

VÍCTOR (*besándola*).—Pues estudiemos juntos.

ISABEL (*conteniendo suavemente las efusiones de él*).—Bueno, ahora cuéntame tu vida en España.

VÍCTOR.—Poco hay que contar; hambre en las pensiones y aburrimiento en las clases; salir de tuna^[7] y andar a los garrotazos.

ISABEL.—¿Y pelar la pava^[8] en las rejas?

VÍCTOR.—También... buscando unos ojos que se parecieran a los tuyos.

ISABEL.—No me lo digas, que no quiero ponerme celosa.

VÍCTOR.—Pues se cierran las rejas...

ISABEL.—¿Y terminaste los estudios?

VÍCTOR (*con fingida prosopopeya*).—Señora, tiene usted el honor de hablar con un licenciado en leyes por la muy docta Universidad de Salamanca.

ISABEL (*en el mismo tono*).—Seré entonces la señora licenciada.

VÍCTOR (*con gesto de disgusto que ella no capta, se levanta*).—Tengo que irme.

ISABEL.—¿Tan pronto?

Víctor.—Toda mi parentela está esperando mi visita. Tú sabes cómo son de quisquillosos, y como necesito de ellos para abrirme camino...

ISABEL.—No será necesario que el camino sea muy ancho; cuando dos se quieren ocupan muy poco sitio. (*Mimosa.*) ¿No es verdad, Víctor?

VÍCTOR.—Sí, claro...

ISABEL (*enfurruñada y mimosa*).—No parece decirlo con mucho entusiasmo...

VÍCTOR.—¡Oh!, no seas tonta. (*Vuelve a besarla.*)

ISABEL (*abandonándose*). — ¡Ay, Víctor!, nunca creí que la felicidad pudiera costarme tan poco y que Dios fuera tan generoso conmigo.

VÍCTOR.—Sí, sí... Mira, Isabel, ahora tengo que irme, pero luego quiero verte.

ISABEL.—¡Y yo también, no faltaba más! Le pediré a Rita que me acompañe a la Alameda. ¿Sabes?, todavía está el banco en que de chicos nos comíamos las moras que robábamos en la quinta de los frailes.

VÍCTOR.—Preferiría venir aquí... esta noche.

ISABEL.—Lo que tú quieras, Víctor. Conversaremos por la reja.

VÍCTOR.—Isabel, ya no somos niños. ¿Qué necesidad tenemos de rejas ni de Ritas? Mañana estaría enterado todo Buenos Aires y comenzarían las murmuraciones.

ISABEL.—¿Y qué? ¿No soy libre?

VÍCTOR.—Tú sí, pero yo... Escúchame, Isabel. Tengo que aparecer sin compromisos. Mucha gente ayuda a subir a los jóvenes con la esperanza de casarlos después con sus hijas. Hay que dejarlos que ceben el pavo creyendo que van a comérselo. Tú eres viuda y libre y nadie te pedirá cuenta de tus actos... Además, seremos discretos. Nuestro amor tendrá el encanto del misterio, y en secreto nos burlaremos de todos. Será delicioso, en la calle un saludo ceremonioso, y luego, a solas... *(Pretende besarla. Ella está como alelada, pero al contacto de sus manos reacciona y lo rechaza violentamente.)*

ISABEL.— ¡No me toques!

VÍCTOR.—Isabel, no lo tomes así, sé razonable; yo te quiero, pero eso no es un motivo para echarlo todo a rodar, para llevarse el mundo por delante... Tú, al fin y al cabo...

ISABEL *(como sonámbula)*.—Ya lo sé, pero no lo digas... Yo, al fin y al cabo, no tengo nada que perder; soy viuda, es decir, campo abierto, planta sin dueño, todo el que pase puede tender la mano sucia y cortarme una flor sin pensar en si me duelen las raíces. También a las viudas con el marido se nos mueren los sentimientos y la decencia, ¿no es eso?

VÍCTOR.—¡Pero Isabel!...

ISABEL.—Vete de esta casa, donde tanto te he querido de niña y donde tan

profundamente he dejado de quererte en este instante. *(El duda, con el sombrero en la mano. Ella lo mira con desprecio.)* Si quieres, puedes irte por la puerta del fondo, para que no te vean tus futuros protectores. Pero vete ya, que no mereces verme llorar. *(Víctor se encasqueta el sombrero y sale encogiéndose de hombros, mientras ella se deja caer en una silla, cubriéndose la cara con las manos y llorando. Muy lejos se oye el redoblar de un tambor.)*

TELÓN LENTO

CUADRO II

Mientras se cambia la decoración, que se hará lo más rápidamente que sea posible, se seguirá oyendo el tambor, cada vez más cercano, y voces confusas culminando en algarabía cuando se levanta el telón.

La escena representa la calle, frente a la platería, que ahora vemos que se llama «Platería de la Honradez En el quicio de su puerta, Isabel, secándose las lágrimas recientes, y a su lado Rita. Asomada a la ventana, Nieves, negrita sirvienta. En medio de la calle, montado en un burro que lleva del ronzal el verdugo, está Mariano; el cabello y la barba crecidos le dan un aspecto feroz; trae al cuello, y colgando hasta el suelo, la soga con que será ahorcado. Completan la comitiva el alcalde, el pregonero con su tambor, fray Lucinda, un franciscano que asiste al reo, soldados, alguaciles, pueblo, negros esclavos y todos los personajes que hemos visto en el cuadro anterior: Don Cosme, Pedrito, Justina, el Galán,

El pregonero da el último redoble y se dispone a leer la sentencia, desenrollando un papel.

ALCALDE *(quitándoselo).*—Déme usted, pregonero, que voy a leer yo la sentencia para demostrar a más de un gracioso que aunque soy alcalde sé leer. *(Leyendo con énfasis.)*

Convicto de siete muertes

y de las mismas confeso,

Mariano Pereyra y Obes,

que es el grandísimo reo

que veis montado en el burro

aquí, con la soga al cuello,
será llevado a la horca
para que sirva de ejemplo
a jóvenes calaveras
y gentes de poco seso,
que andan metiendo el cuchillo
donde no tienen derecho,
cosa que está muy mal vista
por las leyes de este reino.
Mas yo, el Virrey, en el uso
de mi autoridad, decreto:
por ser hoy aniversario
de mi feliz casamiento,
que si alguna mujer quiere
por esposo a dicho reo
se le conmute la pena
de horca por la de himeneo^[9],
siempre y cuando el asesino
a tal cosa esté dispuesto,
que si ahorcar por fuerza es justo
no lo es casar por decreto,

que la horca es cosa rápida

y muy largo el casamiento.

(Terminada la lectura se produce un gran silencio expectativo. El reo, con la cabeza y los brazos caídos, parece indiferente a cuanto ocurre y presenta un aspecto de lo más desdichado. Fray Lucindo le habla en voz baja, en forma apremiante, como queriéndolo convencer de algo, pero él hace que no con la cabeza.)

ALCALDE.—Conque ya lo habéis oído. Se le conmuta al reo la pena de horca por la de casamiento, siempre que haya una mujer dispuesta a ser la ejecutora de la última, pasando el prevenido incontinenti^[10] de las manos del verdugo a las de su cónyuge.

VERDUGO.—Bueno estaría eso...

ALCALDE *(le lanza una mirada de reproche)*.—Las condiciones del novio son las siguientes: veintisiete años cumplidos, excelente salud, sin vicios mayores, activo y de buen carácter.

JUSTINA *(después de dar una vuelta alrededor del reo, mirándolo como quien estudia un caballo para comprarlo, hace un gesto de desprecio y vuelve a su lugar)*.—¡Vaya una facha! *(De la multitud parten silbidos.)*

ALCALDE.—Sí, hay que reconocer que su aspecto físico está un tanto descuidado por la carencia absoluta de artes cosméticas que se sufre en nuestras prisiones, sin que esto importe una crítica para el actual sistema carcelario... Creo yo que con un baño en el río y una buena afeitada quedará presentable y hasta muy galán... En cuanto a lo que sabe hacer, ya lo dice ampliamente la sentencia... *(Mariano habla al oído del fraile y éste hace señas al alcalde, quien se acerca y escucha lo que le dice en voz baja.)*

ALCALDE.—Comunícame el reo que también sabe tocar la guitarra... Tienen la palabra las niñas.

RITA.— ¡Esto parece una broma de San Antonio!

NIEVES.— ¡Qué holol, mi amita! *(Murmullos entre las mujeres.)*

ALCALDE *(a Mariano)*.—¡A ver si ayudas, hombre, que con ese aspecto de pollo mojado no vas a encontrar novia! *(Le arregla el pelo y le da un pellizco.)*

¡Bizarría^[11], hombre, bizarría! *(El reo adopta una actitud más gallarda.)* ¡Eh!, ¿qué tal el mozo?

Voz DE HOMBRE.— ¡Ánimo, muchachas, que no todos los días cae un novio de la horca!

ALCALDE.— ¡Calle el chusco^[12]!

VERDUGO.— Señor alcalde, que se hace tarde...

ALCALDE.— Hombre, verdugo, ¿qué apuro tienes?

VERDUGO.— Es el pan de mis hijos... *(Víctor entra por la derecha y se coloca en actitud despectiva en donde Isabel pueda verlo y mirándola con sorna se retuerce el bigote. Isabel, que ha seguido la escena sin interés, posa su mirada llena de indignación en Víctor, que sonríe más insultante y tose significativamente.)*

ALCALDE.— Por última vez. ¿Hay boda o hay horca? *(Espera un momento, y como nadie responde:)* ¡A la horca!

VERDUGO.— ¡Gracias a Dios! *(La comitiva inicia la marcha, pero Isabel la detiene, plantándose frente al burro, muy decidida.)*

ISABEL.— Un momento, señor alcalde. Yo me caso con él.

ALCALDE *(jubilosamente)*.— ¡Para el burro, verdugo!

VERDUGO.— ¡Maldita viuda!

PADRE LUCINDO.— ¡Dios sea loado! *(Mariano suelta un profundo suspiro y se arregla lo mejor que puede.)*

Rita.— ¿Estás loca, Isabel?

NIEVES.— ¡No, mi amita, pol Dios! *(Murmillos, silbidos.)*

ALCALDE.— ¡Silencio!... Perfectamente, pero antes hay que llenar un requisito legal. *(Al reo.)* ¿Aceptas por esposa a esta señora o prefieres la horca?

MARIANO.— ¡Acepto!

ALCALDE (*levanta la vara de la justicia*).—Entonces, en el nombre de la ley...

DON COSME.—¡Alto, señor alcalde! Hay un impedimento.

ALCALDE.—Expóngalo usted.

DON COSME.—En mi carácter de presidente de la comisión de vecinos de este barrio, y como mejor corresponda, me presento a usía y digo: (*carraspea*) que, en salvaguardia de las buenas costumbres, la moral y las leyes más elementales de la buena vecindad, rogamos a usía no consienta esa boda, para que un asesino no venga a turbar la paz, la tranquilidad y el buen nombre de este barrio. Será justicia.

ALCALDE.—Visto y considerando que el recurrente no tiene vela en esta boda, no ha lugar^[13]. (*Del fondo de la calle parten gritos de «¡que baje la vara!», «¡que no la baje!», «¡que lo ahorquen!», «¡que lo casen!», «¡que lo afeiten!»*)

ISABEL (*que está visiblemente incómoda en medio del corro, pero firme, bajo la mirada de todos y la de Víctor, que tose significativamente*). — ¡Vamos, señor alcalde, despache!

ALCALDE (*que se está secando el sudor*).—Sí, sí, señora. En el nombre de la ley... (*A Mariano.*) Bájate del burro, Mariano. (*Mariano lo hace. El alcalde toma la punta de la soga y se la entrega a Isabel.*)... Y en el mío propio, sírvase usted, señora, y que sean felices.

VOZ.— ¡Que baile el oso!

OTRA VOZ DE MUJER.— ¡Mala pécora!

OTRA.— ¡Descastada!

ISABEL (*da la espalda a todos y se dirige a la casa llevando a Mariano de la soga*).— Venga usted pronto.

VERDUGO.—Un momento, señora. Está bien que usted me haya hecho perder las ocho onzas de la ejecución, pero eso de quedarse también con la soga... (*Le quita la soga al reo y vuelve junto al burro. Isabel entra en la casa llevando de la mano al preso, seguida por el fraile y Rita.*)

UNA VOZ.— ¡Desvergonzada!

OTRA.—¡Viuda!

y sobre los murmullos, comentarios y silbidos de todos, cae el

TELÓN

CUADRO III

Interior de la platería, como en el primer acto. Las ventanas cerradas y la puerta entornada. Es de noche.

Sentadas en semicírculo, muy tristes y muy fruncidas, Rita, Justina y Misia Jovita, Misia Mariquita y Misia Micaela. En un extremo, don Cosme; en el otro, Pedrito. Silencio prolongado, sólo interrumpido por algún hondo suspiro. De tanto en tanto alguna de las señoras saca un pañuelito y se seca una furtiva lágrima; otra la imita, y otra después, hasta que todas se han secado la suya.

VOZ DEL SERENO EN LA CALLE.—Las diez han dado, y sereno. (*Un reloj de iglesia da lúgubrementemente las diez.*)

RITA.—Quién lo hubiera pensado, tan joven... ¡pobre Isabel!

MISIA JOVITA.—Era la viuda más joven de toda la ciudad, la benjamina de las viudas...

JUSTINA.—¡Qué familia tan desdichada! La madre, que en gloria esté, murió al nacer Isabelita; el padre, hace cuatro años; hace dos, el marido, y ahora ella...

MISIA MARIQUITA.—Parte el alma...

RITA (*ocultando la nariz en el pañuelo*).—Ella, tan festejada, tener un fin tan triste, en la flor de la vida...

MISIA MICAELA.—Valor, Rita, valor... (*Explicando a los demás.*) Eran inseparables.

RITA.—Como dos hermanitas.

DON COSME.—Más bien como una sobrina y su tía. (*Rita da un respingo y va a contestar, pero la contiene la entrada de Nieves, que trae una bandeja y todos se sirven,*

muy dengosas las damas. Nieves queda esperando.)

MISIA MICAELA.—Una copita de anís es muy tonificante en estos casos... Cuando perdí a mi pobre Pulpicio, servimos más de quince litros.

DON COSME.—¿Quince litros, señora?

MISIA MICAELA.—Es que los amigos lo querían mucho, y brindis va, brindis viene...

MISIA MARIQUITA (*a Pedrito*).—¿Usted la conocía mucho, joven?

PEDRITO.—Sí, señora. Hace un mes que todas las tardes le traía una diamela.

MISIA MARIQUITA.— ¡Fíjese!... Treinta diamelas, como para hacer una corona, aunque yo, para serles franca, las prefiero de violetas.

MISIA JOVITA.—A mí, lo más puesto en razón me parecen las siemprevivas...

RITA.—Con una cinta morada y bordado en canutillo de oro: *remember*.

MISIA JOVITA.—Naturalmente.

MISIA MARIQUITA.—Sobre gustos no hay nada escrito.

MISIA JOVITA.—Eso es verdad, señora, pero ¿quién en esta vida no tiene su flor favorita?

DON COSME.—El malvón tampoco es mala flor.

MISIA JOVITA.—Y muy sufrida. (*Durante el diálogo, que se habrá desarrollado lentamente, entre grandes pausas, Nieves habrá recogido las copas y salido por la derecha. Por la calle pasan unos tocando la guitarra.*)

RITA.— ¡Válgame Dios, venir aquí a tocar la guitarra!

MISIA MARIQUITA.— ¡Qué falta de respeto!

DON COSME.—No sabrán...

MISIA JOVITA.—Si no se comenta otra cosa en toda la ciudad... Como fue una cosa así, tan de repente.

MISIA MICAELA.—Como lo de mi Pulpicio, que estaba tan sano como ustedes y como yo, y de la noche a la mañana...

RITA.—No puedo hacerme a la idea. ¡Pobrecita Isabel!...

MISIA JOVITA.—Si rezáramos un rosario...

MISIA MICAELA.—Muy oportuno. Diríjalo usted, señora, que tiene tan buena mano.

MISIA JOVITA.—Como gusten... *(Se levantan sacando los rosarios, y cuando ya comienzan a arrodillarse, aparece en la puerta el padre Lucindo.)*

PADRE LUCINDO.—¿Qué es esto, señoras? ¡Arriba, arriba!... ¿Esto es una boda o un velorio?

MISIA JOVITA.—Es que no pasará la noche...

MISIA MARIQUITA.—En cuanto queden solos, la matará.

MISIA MICAELA.—No verá la luz de mañana.

PADRE LUCINDO.—Señora, seamos razonables; ese muchacho ha estado a un dedo de la horca, pero la justicia de los hombres lo ha perdonado ya, y también, por mi humildísimo e indigno intermedio, se ha reconciliado con Dios y ha recibido la absolución. Puedo darles mi palabra de sacerdote de que entra en una nueva vida animado de las mejores intenciones.

RITA.—Y siete muertos a la espalda.

PADRE LUCINDO.—¡No hablemos de eso, por caridad! ¡Va a llegar de un momento a otro y debe ver caras alegres!

DON COSME.—Como para reírse es la cosa.

RITA.—¿Y cómo quedó afeitado?

PADRE LUCINDO.—Como un ángel... Dentro de un momento llegará.

¿Dónde está Isabel?

RITA.— Está preparando la torta de bodas. ¡Tiene un valor!...

PADRE LUCINDO (*llamando a la puerta de la derecha*).— ¡Isabel, hija!

ISABEL (*entrando hermosa y serena, trayendo una gran torta, que dejará sobre el mostrador*).— Aquí estoy, padre. (*Algo sorprendida al ver a Don Cosme*.) ¿Usted, don Cosme?

DON COSME.— Traté de oponerme a ese casamiento, creyendo hacerte un bien; pero ante el hecho consumado, un deber de amistad, de vieja devoción...

ISABEL (*le tiende la mano*).— Gracias, don Cosme. Con el permiso de ustedes... Padre, quisiera decirle una palabra... (*Isabel y el padre Lucindo hablan en primer término, derecha, y los demás forman grupos aparte y algunas señoras espían por las ventanas y la puerta la llegada del novio*.)

ISABEL.— Dígame, padre, ¿puso algún inconveniente?

PADRE LUCINDO.— Ninguno, hija; aceptó con la mejor buena voluntad, y hasta me pareció que con gusto, todas tus condiciones.

ISABEL (*algo extrañada*).— ¿Con gusto?

PADRE LUCINDO.— Pues, al menos sin violencia aparente.

ISABEL (*gesto de duda y preocupación*).— Dios quiera que así sea.

PADRE LUCINDO.— Nada tienes que recelar, Isabel... Todo marchará bien. Mariano... pero, en fin, ya juzgarás tú misma.

MARIANO (*aparece en la puerta y todas las señoras corren a ocupar sus sillas con chillidos de ratas asustadas. Mariano viene transformado en buen mozo, aunque encogido y tímido*).— Buenas noches...

PADRE LUCINDO.— Entra, entra, Mariano.

ISABEL (*va hacia él, lo toma de la mano y lo conduce al medio de la escena*).— Mariano, quiero presentarle a unas amigas que han venido a acompañarnos. Al señor don Cosme ya lo conoce, y éste es Pedrito. (*Todos lo saludan con ligeras*

reverencias.) Siéntese aquí, tomaremos algo. (Le indica una silla, que viene a quedar frente al corro de los demás; el padre Lucindo se sienta a su izquierda.) Nieves, ayúdame. (Corta la torta y ayudada por la negrita la sirve junto con copas de vino de Málaga, cuya botella estará sobre el mostrador.) ¿Qué tal salió?

MISIA JOVITA.—Deliciosa, como de tus manos.

MISIA MARIQUITA.—El almíbar en su punto; en eso eres como tu madre.

PADRE LUCINDO.—Es una torta que diera envidia a las monjas...

ISABEL (*a Mariano*).—¿Otra copita?

MARIANO.—Sí, muchas gracias. (*Le sirve.*)

MISIA MARIQUITA (*cuando Isabel se le acerca a servirla*).—¡Isabel, no seas temeraria, no le sirvas más vino a ese hombre, pudiera excitarse!...

ISABEL.— ¡Señora, por favor!... (*Misia Mariquita cuchichea con la que está a su lado y ésta con la otra y hacen aspaviento mirando cómo bebe Mariano; se ve que hablan del alcoholismo y la criminalidad.*)

PEDRITO.—Usted es de San Telmo, ¿no?

MARIANO.—No, soy del Matadero^[14]

VARIAS SEÑORAS A CORO.— ¡Ah!

MISIA JOVITA.—¿Su madre vive?

MARIANO.—No, señora, y ése es mi gran remordimiento. Cuando pienso que de no ser por mí podría estar sentada en una de estas sillas, tan sana y tan buena como ustedes...

MISIA MARIQUITA.— ¡Santa Bárbara bendita!

RITA.—¡A su propia madre!

MISIA MICAELA.—¿Estaría usted ebrio, sin duda? ¿O fue por robarle sus ahorros?

MARIANO (*las mira sin comprender, luego se da cuenta y suelta una carcajada*). —Tranquilícense, señoras, mi pobre madre murió de muerte natural: murió al darme a luz, y de ahí mis remordimientos... De no haber nacido yo... (*Las señoras lanzan suspiros de alivio.*)

Voz DEL SERENO. —Las once han dado, y sereno.

MISIA JOVITA. —¡Las once ya!

MISIA MARIQUITA. —Vámonos, ¡con lo oscuras que están esas calles!...

DON COSME. —Yo las acompañaré. Buenas noches, Isabelita. (*Le da la mano y hace a Mariano una digna reverencia.*) Caballero...

PEDRITO. —Adiós, señora... Mariano, he tenido el mayor gusto y lo felicito. (*Le da la mano cordialmente.*)

MARIANO (*palmeándole el hombro*). —Gracias, muchacho.

JUSTINA. —Que Dios la ayude, niña Isabel. (*La besa y hace un gesto desabrido a Mariano.*)

MISIA JOVITA. —Adiós, Isabel. Ten valor. (*La besa lloriqueando.*)

MISIA MARIQUITA. —Ánimo, hija, ánimo. (*Rompe a llorar al besarla.*)

MISIA MICAELA (*la besa llorando*). —Dios quiera que vuelva a verte.

RITA. —Toda la noche rezaré por ti. (*La abraza, y al desprenderse rompe a llorar.*)

PADRE LUCINDO (*tomando las manos de Isabel y Mariano*). —Sed felices, hijos míos, que es una manera de servir a Dios. (*Al irse, las señoras hacen corteses reverencias a Mariano, sin dejar de lloriquear. Mutis de todos por la derecha. Mariano e Isabel quedan frente a frente. Isabel está visiblemente nerviosa, pero trata de dominarse.*)

ISABEL. —Mariano, ¿quiere hacerme el favor de ver si está cerrada la puerta del fondo?

MARIANO. —Sí, en seguida. (*Sale por la derecha. Isabel cierra la ventana del foro, y cuando va a cerrar la puerta de la derecha aparece el sereno.*)

SERENO (*observa cuidadosamente el interior*).—¿No está? ¿No puede oímos?

ISABEL.—No. ¿Qué pasa, don Hilarión?

SERENO.—Toda la noche he estado rondando para hablarle a solas.

ISABEL.—Bien, ¿qué hay?

SERENO.—Hay que quiero avisarle que no me moveré de junto a la puerta y que no tiene usted más que gritar ¡sereno! y ¡guay del osado!

ISABEL.—Gracias, don Hilarión, pero no sea usted aprensivo.

SERENO.—¿Aprensivo? Soy gallego, y le tengo ley a la gente de bien. Aquí estaré como un perro de guardia.

ISABEL.—Entre todos van a conseguir asustarme.

SERENO.—Señora Isabel, yo soy un hombre de pelo en pecho y por nada del mundo me habría casado con él; es decir, omitiendo la diferencia del género, como se dice.

ISABEL.—Bueno, muchas gracias y buenas noches, don Hilarión.

SERENO (*hincha el pecho, lanza una mirada de desafío al interior y dice:*).—Cuidadito, ¡eh!, que aquí estoy yo. (*Se va. Isabel coloca una complicada tranca a la puerta y luego se pone a cerrar también la ventana del lateral izquierdo. Mientras lo hace, entra Mariano silenciosamente, le lanza una mirada y después, sin hacer ruido, busca algo con la mirada, toma de sobre el mostrador un largo cuchillo de cabo de plata y, con él en la mano y de puntillas se dirige al medio de la escena, pero tropieza y llama la atención de Isabel, quien se da vuelta rápidamente y queda como petrificada ante lo que ve, se lleva las manos a ambos lados de la cara y lanza un grito de espanto. Mariano, sin comprender, la mira con la boca abierta, lo que da a su cara una expresión que asusta aun más a Isabel, y avanza otro paso.*)

ISABEL.— ¡No, no, por piedad!

MARIANO (*asustado por el grito de ella, quiere esconder el puñal, pero se equivoca y esconde la otra mano*).—¿Qué?

ISABEL (*cae de rodillas*).— ¡No, Mariano, por Dios! ¿Quiere dinero?... Ahí

está, en el cajón del mostrador. ¡Lléveselo todo, pero, por favor, tenga piedad de mí!... ¡No me mate! ¡No me mate! *(Mariano la mira, después mira el cuchillo, comprende y deja caer los brazos y la cabeza como vencido. Un momento quedan así, ella anhelante, él deprimido. Después, Mariano levanta la cabeza y dice tímidamente, señalando hacia la mesa donde está el plato con los restos de la torta:)*

MARIANO.—Perdóneme: quería un poco más de torta.

TELÓN RÁPIDO

ACTO II

CUADRO I

La misma decoración del cuadro anterior. Mariano, con delantal azul y un plumero, está agachado detrás del mostrador, de modo que no se lo ve desde la calle.

VERDUGO *(se detiene en la puerta, mira, entra y llama golpeando las manos).*— Ave María Purísima...

MARIANO *(poniéndose de pie).*— Sin pecado... *(Ambos se sorprenden desagradablemente al verse.)*

VERDUGO.— ¡Ah!... Estabas tú ahí.

MARIANO.— ¿Y dónde quería usted que estuviera? ¿En la horca?

VERDUGO.— Hombre, Mariano, que no hay que tomar las cosas a la tremenda, que yo soy verdugo y tú eres... lo que eres, y cada cual en su oficio y Dios en el de todos... Y no está bien que te burles de la horca, ya que, como bien lo sabes, tu perdón es condicional, y en cuanto te desmandes...

MARIANO.— Bueno, ¿quería usted algo?

VERDUGO.— Quisiera hablar con la señora Isabel; digo, si no te es molesto.

MARIANO.— Por mí... *(Sale por la derecha llamando.)* ¡Señora!

VERDUGO *(se sienta en el arcón).*— Bueno anda el mundo, bueno, bueno...

ISABEL *(por la derecha).*— ¿Qué quiere usted aquí?

VERDUGO *(se quita el sombrero y se pone de pie).*— Comprendo, señora, que mi visita resulte un poco a destiempo, que lo correcto habría sido venir la noche de la boda a darle mi enhorabuena, pero como la gente es supersticiosa e ignorante, no habría faltado quien encontrase mal mi presencia... Además, tuve que trabajar hasta muy tarde desarmando la horca... Pero, como lo aplazado no es perdido y nunca es tarde cuando la dicha es buena y no por mucho madrugar amanece más temprano...

ISABEL *(cortando).*— Bueno, al grano.

VERDUGO.—Pues el grano es que vengo a desearle toda clase de felicidades en su nuevo estado y que sea por muchos años y...

ISABEL.—¡Esa sí que es buena! Viene usted a felicitarme.

VERDUGO.—De todo corazón. ¿O es que creía usted que le guardaba rencor por aquellas ocho onzas que no me dejó ganar?... ¡No, señora, no! Aunque pobre y padre de familia, no me llamo ocho onzas, como se dice vulgarmente... Claro que yo no habría venido nunca a quitarle a usted la clientela; porque, como yo digo, cada cual en su oficio y Dios en el de todos, pero, en fin... Vamos, que no estoy enojado y, para que vea, le he traído algo por lo que ayer no más la señora corregidora me quería dar tres onzas. Pero yo le dije: No, señora, esto es para Doña Isabel, la platera, y se lo voy a regalar aunque no me dé más que una. Tome usted, y que le traiga mucha suerte. (*Saca una cuerda como de un metro y se la ofrece.*)

ISABEL.—¡Jesús! ¿Qué es esto?

VERDUGO.—Cuerda de ahorcado. No hay mejor amuleto.

ISABEL.—¡Qué espanto! (*Mirando inquieta hacia adentro.*) Guarde usted eso inmediatamente.

VERDUGO.—Tómela con entera confianza; es de la buena, de un ahorcado efectivo, no como la de su actual esposo, que nadie me la quiere comprar porque dicen que no habiéndose consumado el acto... ¡Tonterías de gente supersticiosa!

ISABEL.—¡Le he dicho que guarde esa porquería y que se vaya!

VERDUGO (*pasando al tono lastimero*).—¡Ay, mi señora doña Isabelita! Los tiempos son duros, el trabajo escasea, falta, como quien dice, la materia prima; no hay ahorcamientos ni para remedio. ¿De qué voy a vivir si Dios no me ampara? ¿De unos miserables azotes, mal pagados, que doy de tarde en tarde a los negros? Póngase usted en mi caso.

ISABEL.—¿Yo? ¡muchas gracias!

VERDUGO.—Digo, con siete hijos.

ISABEL.—Bueno, pero yo ¿qué culpa tengo?

VERDUGO.—¡Ay, señora!, no me haga usted hablar, que uno, aunque pobre

y verdugo, tiene delicadeza... Pero, vamos, que con aquellas ocho onzas que usted me sacó de entre las manos, mi mujer, que, dicho sea de paso, es muy ahorrativa, se habría arreglado un mes entero. La pobre está en los huesos y de un humor que el mejor día revienta, perdonando la palabra. ¿Le parece justo que para que usted dejara de ser viuda tenga yo que enviudar ahora?... Sea usted caritativa, señora Isabelita; piense en lo que será de mí con siete huerfanitos al pie de la horca inactiva...

ISABEL.—Tome usted la onza y no vuelva por aquí en el resto de su vida.

VERDUGO.—Muchísimas gracias. (*Hace que se va y vuelve.*) ¿Quiere usted la sogá?

ISABEL.— ¡No, por todos los diablos! ¡Váyase de una vez por todas! (*Se va el verdugo.*)

MARIANO (*vuelve y va al mostrador*).—¿Qué quería ese hombre?

ISABEL.—Nada, una limosna.

MARIANO.—Y usted, con lo bien que anda la tienda, ¿se la dio?

ISABEL (*distraída*).—El pobre está con la sogá al cuello. (*Mariano hace un gesto involuntario de desagrado*). ¡Ay, Mariano, perdóneme!... No sé lo que digo.

MARIANO.—Nada ha dicho usted de malo. (*Dando su último toque de badana a un gran pebetero de plata.*) Hay que llevar este pebetero a casa del corregidor. ¿Lo mando con Nieves?

ISABEL.—Como usted quiera, pero, ¿por qué no lo lleva usted mismo? Tiene que decidirse a salir, a rozarse con la gente...

MARIANO.—Usted manda, señora.

ISABEL.—No se trata de mandar, pero creo que le hará bien distraerse, tomar el aire de la calle...

MARIANO (*mientras envuelve el pebetero en un paño azul*). —Comprendo; debe de ser muy molesto para una señora tener siempre a un extraño metido en la casa.

ISABEL (*muy paciente*).—Usted no es un extraño aquí. (*Mariano ríe con una risita irónica. Isabel, algo turbada:*) Digo... en cierto modo.

MARIANO.—Usted es muy buena conmigo, en cierto modo.

ISABEL (*un poco fastidiada*).—Si le decía que saliera es porque me parece que debe de estar harto de vivir entre rejas. (*Nieves ríe. Isabel, dándose cuenta de la alusión.*) Este... quiero decir entre estas cuatro paredes. (*Volviéndose violentamente a Nieves.*) ¡Tonta, más que tonta!

MARIANO.—¿Qué culpa tiene la chica, ni nadie, de recordar que vengo de la cárcel y no de un salón de baile?... Bueno, voy a entregar esto y trataré de no volver muy pronto. (*Sale por la izquierda*).

ISABEL.—Hasta luego. (*Furiosa consigo misma, se golpea la frente con los nudillos.*) ¡Estúpida de mí que no puedo abrir la boca sin que se me escape una alusión desagradable!

NIEVES.—Qué impolta. Dicen que también mató a un moleno, y eso sí que está feo. Dios castiga al que mata a un moleno... blancos no es tan malo: hay muchos.

ISABEL (*continuando su pensamiento*).— ¡Es que no se puede hablar de nada en esta casa!... Que si la sogá, que si la reja, que si la sangre, que si el cuchillo, que si el verdugo, que si su burro... ¡Si hasta para comprar un miserable hueso para el puchero hay que escamotear la palabra carnicería! (*Nieves ríe.*) ¡Y tú siempre cacareando para recalcar las alusiones!... A propósito, ve a matar una gallina para la cena, ahora que no está, porque delante de él sería una indelicadeza retorcerle el cuello... ¡Qué vida, santo Dios, qué vida!... (*Suspira.*) Y menos mal que no entra en mi dormitorio, porque si no tendría que sacar la imagen de la Dolorosa para no herirlo con los siete puñales. (*Dándose cuenta.*) ¡Aaahhh!... ¿Te das cuenta, Nieves?

NIEVES.—¿De qué, amita?

ISABEL.—Siete puñales... ¡a puñal por muerto! (*Nieves ríe.*) ¿De qué te ríes ahora?

NIEVES.—De una cosa que estoy pensando. Mile, mi amita, si a lo mejol no vuelve más. Ese pebetelo que se llevó vale mucho, y a lo mejol también es ladlón.

ISABEL (*sin mucha seguridad*).—No, hija, que ha de ser...

NIEVES.—Es que, mi amita, el que hace lo más hace lo menos.

ISABEL.—Bueno, basta de charla y a pelar la gallina.

NIEVES.—Voy coliendo. (*Sale por la derecha.*)

ISABEL.—¡Ah, y que no quede una sola mancha de sangre!

JUSTINA (*pasa por la calleja del foro pregonando «mazamorra fresca», «mazamorrита», llega a la puerta y entra*).—Buenos días, niña Isabel.

ISABEL.—Buenos días, Justina.

JUSTINA.—¿Le dejo mazamorra, niña?

ISABEL.—Este... No sé si le gustará a Mariano, pero déjeme lo mismo.

JUSTINA.—¡No faltaba más sino que después de todas las burradas que ha hecho, saliera con que no le gusta la mazamorra!

ISABEL (*risueña*).—Pero, Justina, ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

JUSTINA.—Ya lo creo que tiene que ver. A todas las personas decentes les gusta la mazamorra. El niño Víctor, que ése sí que es un caballero, me decía reciencito no más que mientras estuvo en España sólo pensaba en dos mujeres: en usted y en mí, en mí por la mazamorra y en usted por...

ISABEL(*cortando*).—Bueno, ahora que piense en usted sola, así tendrá menos trabajo.

JUSTINA.—Ya ve lo que son las cosas, ahora no piensa más que en usted, porque ha perdido el apetito... ¡Pobre!... Usted no le tiene lástima porque no lo ha criado.

ISABEL.— ¡No faltaría más!... Y usted ¿lo ha criado?

JUSTINA.—Y... más o menos; a todos ustedes los han despechado con mazamorra de la mía, así que vengo a ser un poco ama de él y de usted, y un ama es como una segunda madre, y es por eso que me duele que anden así.

ISABEL.—Yo no ando de ningún modo con Víctor. Terminó para mí, y eso

es todo.

JUSTINA.—Ta, ta, ta, ta; nunca se puede decir que un hombre terminó para una mujer, si lo sabré yo... Mire, niña Isabel, los hombres entran en el corazón de las mujeres, salen, vuelven a entrar, vuelven a salir, y nosotras, aunque no nos demos cuenta, siempre les estamos guardando el sitio.

ISABEL.—Pues a Víctor en mi corazón se le ha roto la silla. La rompió él mismo con su torpeza, con su egoísmo... Pero no hablemos, por favor.

JUSTINA.—Hablar no es pecado...

ISABEL.—Sí lo es venirle a hablar a una mujer casada como usted lo está haciendo.

JUSTINA.— ¡Ah!, bueno, si usted se considera una mujer casada... (*Se encoge de hombros.*)

ISABEL (*dando un respingo*).— ¡Qué! ¿Y no lo soy, y bien cristianamente?

JUSTINA.—Sí, eso sí...

ISABEL.—¿Entonces?

JUSTINA.—Es que como ese matrimonio no puede durar.

ISABEL (*levantándose*).—¡Qué sabe usted!

JUSTINA.—Yo, pobre de mí, no sé nada, pero el niño Víctor sabe muchas leyes, y él me ha dicho que bastaría una simple denuncia contra Mariano, aunque no fuera muy cierta, para que... (*Gesto de ahorcamiento.*)

ISABEL (*perpleja, repite el gesto*).—...Aunque no sea muy cierta... ¡Qué infamia!

JUSTINA.—Es que con las leyes no se juega. ¡Oh!, pero el niño Víctor es muy generoso, y él mismo se encargaría de defenderlo para que en lugar de... (*gesto de ahorcamiento*) lo desterraran o cosa así, para que usted, que es tan escrupulosa, tuviera la conciencia tranquila... Más bueno no se puede ser.

ISABEL.—Un santo. Si ya me lo veo en un altar con el código bajo el brazo.

JUSTINA.—De menos nos hizo Dios... (*Insinuante.*) Es de tan buen natural... Con decirle que no le guarda rencor por todo lo que le dijo aquel día. Se da cuenta de lo que es el amor propio herido en una persona apasionada como usted, y hasta reconoce que estuvo un poco mal, y que no debió precipitar las cosas, que hay que dar tiempo al tiempo... También usted le habló de casamiento, así, a boca de jarro, y, como él al fin y al cabo es hombre, se asustó. Pero me ha dejado comprender que todo podría ocurrir... más adelante.

ISABEL.—¡Ajá! ¿Y qué más?

JUSTINA.—Y nada más. Usted dice media palabra y... (*Isabel va hacia la ventana y apoyando la frente en la reja queda silenciosa.*) Y, niña, ¿qué me dice?

ISABEL (*se vuelve a ella, y sin violencia, con tristeza, le dice:*).—No me deje mazamorra, Justina; le sentiría el mismo gusto a veneno que a sus palabras.

JUSTINA (*no se atreve a replicar, y haciendo un gesto ambiguo de «qué le vamos a hacer», se va murmurando entre dientes*).—Yo lo hacía por su bien, usted se va a arrepentir, niña Isabel... (*Isabel no la oye.*)

RITA (*entrando por la derecha*).—Buenos días. (*Reparando en la expresión dolorida de Isabel.*) ¿Qué te pasa?

ISABEL.—Nada. (*Sacude la cabeza y sonríe.*)

RITA.—Me pareció... Dime, ¿no tienes alguna novedad en exvotos?

ISABEL (*moviendo la cabeza*).—Nada del tipo que tú quieres.

RITA.— ¡Ay!, cuándo inventarán algo atrayente y novedoso como para llamar la atención del santo.

ISABEL.— ¿No te gustan las dos palomitas unidas por el pico?

RITA.—Muy visto.

ISABEL.— ¿Y los corazones atravesados por la flecha? No, claro, ¡si tú le has disparado más flechas a San Antonio que los indios cuando destruyeron la ciudad!

RITA.—No te burles... Claro, como tú tienes esa facilidad para casarte.

ISABEL.—Facilidad llena de dificultades... ¿Puedes esperar unos días?

RITA.—Llevo esperando tantos años...

ISABEL.—Te lo digo porque me han prometido de Lima unos exvotos que dicen que son muy eficaces. *(Se sienta en el arcón.)*

RITA.—¿Y qué representan? *(De pie a la derecha.)*

ISABEL.—Mira. *(Levanta el pulgar y el índice unidos como si sostuviera el objeto que describe, Rita sigue sus palabras como si lo estuviera viendo, subrayando con mímica expresiva y exclamaciones el relato.)* Arriba hay un ave fénix con las alas desplegadas. El ave fénix es para que sirva también para las viudas, porque, como tú sabes, renace de sus propias cenizas... Del ave cuelga un cupido con la venda corrida, de modo que pueda ver con un ojo para que el amor no sea tan ciego.

RITA.— ¡Qué práctico!

ISABEL.—Sí, y de las patitas del cupidito cuelgan dos corazones.

RITA.—¿Con flechas?

ISABEL.—No, en liso. En uno se graban las iniciales de la interesada y el otro se deja en blanco para que el santo disponga. Y ahora vienen la cigüeña y el cuerno... Augurios para el futuro hogar; la cigüeña, tú ya sabes, y el cuerno de la abundancia. Después un perro y una llave: el perro, símbolo de la fidelidad, y la llave... Verás; parece que el platero que imaginó el exvoto era soltero, y con la llave quiso significar que el esposo tendría derecho a salir cuando le diera la gana, pero tú no hagas caso.

RITA.— ¡Qué voy a hacer!... ¿Y se acaba?

ISABEL.—Después del guardapelo.

RITA.—¿Hay un guardapelo? ¡Qué lindo!

ISABEL.—Sí, ovalado, con marco de nácar y fondo de terciopelo granate; es para que la suplicante ponga un rulo, y así el santo sabe si es rubia o trigueña y le busca el novio haciendo juego. ¿Te gusta?

RITA.— ¡Es preciosísimo!... ¡Y cómo brilla!

ISABEL (*moviendo de arriba y de abajo el objeto imaginario*).—Es porque está totalmente cuajado de diamantitos.

RITA.—Magnífico... Pero yo en las cadenitas le pondría unos moños rosados, para animar un poco.

ISABEL.—Claro, mujer. Y hasta podrías colgar de una cinta violeta un frasquito de perfume.

RITA.—¿Ves?, ¡así queda completo!... El ave fénix, el cupido, los corazones...

ISABEL.—La cigüeña, el cuerno, el perro, la llave, el guardapelo, los moños, el frasquito.

RITA.—Me gusta porque no es recargado.

ISABEL.—Sí; es la sencillez en persona.

RITA.—¿Y estás segura de que da buen resultado?

ISABEL.—Con decirte que en Lima el señor obispo tuvo que prohibir la venta.

RITA.—No me lo digas...

ISABEL.—Sí, porque había tantos casamientos que los sacristanes ya no daban más y hasta amenazaron con declararse en huelga.

RITA.— ¡Ay, qué bueno! El primero es para mí, ¿eh?

ISABEL.—Naturalmente, mujer. (*Aparece por la derecha el mancebo del sastre con un traje envuelto en un lienzo rayado.*)

MANCEBO (*golpea las manos*).—Buenos días, señora. Aquí le manda don Florindo, el sastre.

ISABEL (*tomándole el envoltorio*).— ¡Ah, muy bien! Toma, para ti. (*Le da una moneda.*)

MANCEBO.—Gracias, señora. (*Se va.*)

ISABEL (*mientras desenvuelve el traje, que es negro*).—Es un traje que le mandé hacer a Mariano sin que él supiera. Le di al sastre las medidas a ojo de buen cubero. ¿Qué te parece?

RITA (*palpando el género*).—Buen paño, y corte de última moda; el color es todo un acierto... Ahora que tú también deberías hacerte un vestido negro para acompañarlo: es la costumbre.

ISABEL.—¿Qué costumbre?

RITA.—Me imagino que Mariano vestirá de negro en señal de duelo por... vamos, por los finados, para que el vecindario vea su arrepentimiento, y como es costumbre que la esposa acompañe al marido en el luto...

ISABEL.—¡Ay, Dios mío lo que he hecho sin darme cuenta! ¡Si llega a venir Mariano y a pensar lo mismo que tú!... ¡Sálvame, Rita, por favor, llévate ese traje y dile a don Florindo que le haga otro de cualquier color; azul, gris, avellana... lo que sea, pero no negro!

RITA.—He visto unos color sangre de toro muy sentadores.

ISABEL (*dándole apresuradamente el traje y mirando hacia la calle*).— ¡Nada de sangre! De cualquier color, verde, amarillo, mordoré^[15], el arco iris, pero que no vea éste... Ahí viene, escóndelo, por favor. (*Rita lo esconde a la espalda y lo sostiene con ambas manos a tiempo que entra Mariano, mirando muy abstraído algo que trae dentro del sombrero.*)

MARIANO.—¡Ah! Buenos días, señorita.

RITA.—Este... ya me iba, estoy muy apurada, ya me iba. (*Hace repetidas reverencias a Mariano, quien responde en la misma forma. Isabel, en su aturdimiento, también hace reverencias. Por fin, Rita se va de espaldas. Isabel lanza un gran suspiro.*)

MARIANO (*se acerca al mostrador, coloca en un extremo el sombrero con mucho cuidado y saca unas monedas, que cuenta*).—Aquí está el dinero, señora; me pagaron sin dificultades.

ISABEL.—Guárdelo usted mismo, por favor. Tome la llave.

MARIANO (*guarda el dinero en el cajón del mostrador y luego le alarga la llave*).—Sírvase.

ISABEL.—Guárdela, Mariano, yo tengo otra. Me gustaría que se ocupara usted de todo lo referente al dinero; yo nunca he sabido.

MARIANO.—¿Yo?

ISABEL.—Sería para mí un quebradero de cabeza menos.

MARIANO (*tras leve duda*).—Como usted quiera. (*Se guarda la llave. Del sombrero sale un pío desesperado.*) Ya va, hombre, ya va. (*Toma el sombrero y va al centro de la escena.*)

ISABEL (*que se ha acercado a mirar*).—¿Qué es eso? Un cardenal. ¿Está herido?

MARIANO.—Sí, le han roto un ala de una pedrada. Tuve que pelearme con una pandilla de muchachos para salvarlo. No había manera de que lo soltaran. Hasta que uno me reconoció; entonces se asustaron y echaron a correr... A veces también es útil la mala fama. (*Ríe francamente.*)

ISABEL (*ríe también, confiada*).—Parece que tiene sed, voy a darle agua. (*Moja un pañuelito de mano en el agua de un florero y deja caer unas gotas dentro del pico del pájaro.*) ¡Eh!, no muevas la cabeza, que te mojas todo... Quieto, así no vas a beber.

MARIANO (*le toma el pañuelito y le pasa el sombrero*).—A ver, déjeme probar a mí, que no he hecho otra cosa en mi vida que criar pájaros. Hay que tratarlos con mucha paciencia, con mucha dulzura, para que se tranquilicen, como a las personas. (*Le silba al pájaro suavemente.*) ¿Ve? Ya no parece tan salvaje. (*Sigue dejando caer las gotas. Isabel se inclina más sobre el sombrero y silba dulcemente, después se calla.*) Siga, señora, siga.

ISABEL.—No me diga señora, Mariano, me llamo Isabel. (*Siguen silbándole al pájaro, y cae el telón sobre el cuadro de los dos unidos junto al sombrero, como una pareja de padres jóvenes junto a la cuna de un niño.*)

TELÓN

CUADRO II

La misma decoración del cuadro anterior. Al levantarse el telón entra Nieves, por la derecha, con la jaula del cardenal, al que le va hablando mientras se dirige a la ventana del foro.

NIEVES.— ¡Quién te ha visto y quién te ve!... Elas una polquelía y en menos de un mes paleces un señol pájalo... Chiu, chiu, chilichichiu. (*La cuelga en la ventana.*)

VÍCTOR (*asomándose recatadamente a la ventana*).—Nieves.

NIEVES.— ¡Ay, me asustó, señol Víctol! Cuidado que lo pueden vel.

VÍCTOR.— ¿Le entregaste la carta?

NIEVES.— Sí, pelo la tiló al fuego y me dijo que si le volvía a trael otla me iba a vendel.

VÍCTOR.— No te asustes; yo te compraría.

NIEVES (*coqueta*).— ¿Pala qué?

VÍCTOR.— No seas tonta. Pero ¿la leyó?

NIEVES.— Sí.

VÍCTOR.— ¿Y qué dijo? ¿Qué cara puso?

NIEVES.— Decil no dijo nada, pelo puso una cala tan fea, de esas que sólo pueden ponel las lubias, que yo no la podlía imital.

VÍCTOR.— Bueno, toma para ti. (*Le da una moneda.*) Y no dejes de tenerme al corriente de todo. (*Desaparece.*)

NIEVES.— Glacias.

ISABEL (*saliendo por la derecha*).— ¿Con quién hablabas?

NIEVES.— Con un vendedol de sandías, pelo estaban veldes.

ISABEL.— Bueno, vete a buscar aceite a la recova. Toma el dinero. (*Abre el cajón del mostrador. Nieves está a su lado, de modo que también puede ver dentro.*) ¡Ah! ¿Qué es esto? Nos han robado hasta el último maravedí.

NIEVES (*con mucho aspaviento*). — ¡Fue Maliano, mi amita, fue Maliano! ¡Yo lo vi cuando se escapaba pol la puelta del fondo con otlo hombre que también tenía

cala de ladlón!

ISABEL (*anonadada, da unos pasos por la escena*).—No, no puede ser...

NIEVES.—¡Sí, mi amita, fue él; yo lo vi escaparse! (*Corre hacia la calle gritando:*) ¡Socolo, socolo, ladlones! ¡Seleno! ¡Don Hilalión! ¡Ladlones!

ISABEL (*de un rápido salto la agarra por una muñeca y le dice, amenazadora y sombría:*).—¡Cállate, cállate! (*Nieves, intimidada, queda quiera y mohína y como a la defensiva.*)

RITA (*entrando muy apresurada*).—Pasaba y oí gritos. ¿Sucedo algo malo, Isabel?

ISABEL.—Nada, esta tonta que se asustó de un ratón.

RITA (*se recoge exageradamente las faldas y echa a correr*).— ¡Ay, santo cielo, un ratón! (*Sale como alma que lleva el diablo.*)

SERENO (*se detiene en la puerta*).—Las voces ¿eran aquí?

ISABEL.—Sí, don Hilarión, pero no es nada... esta tonta que se asustó de un ratón.

SERENO (*encarándose con Nieves, muy digno*).—Pues mira, rapaza, cuando te asustes de un ratón no llames al sereno, llama al gato. (*Da media vuelta y se retira muy digno. Isabel, desorientada, se sienta en una silla con la mirada fija en el vacío.*)

NIEVES (*viendo aparecer a Mariano en la puerta, da un alarido llevándose las manos a la cara y huye hacia el interior de la casa*).— ¡Uuuyy, ahí está!

MARIANO (*perplejo*).—¡Eh!... ¿Qué mosca le ha picado a ésta?

ISABEL.—Nada, nada, alharacas porque nos han robado cuatro onzas locas.

MARIANO.—¿Que nos ...? ¿Que le han robado?... ¡Ah, qué cabeza la mía! (*Dice esto al ver el cajón abierto y vacío.*) Debí avisarle. (*Saca de un lugar oculto debajo del mostrador un cofrecillo con el dinero.*) No estaba tranquilo; ese cajón es muy frágil y todas estas últimas noches he oído ruidos sospechosos y decidí cambiar el dinero de sitio. Además...

ISABEL.—¿Qué?

MARIANO.—Un hombre a quien conocí en la cárcel andaba rondando la casa desde hace días. Precisamente vengo de acompañarlo hasta el límite de la ciudad y de hacerle comprender que no le convienen los aires urbanos.

ISABEL.—Gracias, Mariano.

MARIANO.—Es mi deber. ¿No se casó usted conmigo para eso?...

ISABEL (*confusa, insegura*).—No, para eso no...

MARIANO (*sarcástico*).—¿Fue por amor, acaso?

ISABEL.—Bien sabe que no, Mariano; si no lo conocía... No me torture.

MARIANO (*con el mismo tono agresivo*).—¿Y por qué no podía enamorarse de mí? Las mujeres son tan locas...

ISABEL (*respondiendo más bien que a él a sus propios pensamientos*).—Sí, somos muy locas, mucho más de lo que usted se imagina.

MARIANO.—Pero con una locura prudente y bien calculada. A ver, suelten ese perro, que lo necesito para cuidar mi casa, para que asuste a los importunos con su ferocidad. Y se lo baña y se le da de comer y no se permite que los pilletes le aten una lata a la cola. Pero, eso sí, que el perro no se acerque buscando un poco de amor, porque entonces se recuerda que estuvo sarnoso y se lo aleja con un palo... o se le muestra la soga.

ISABEL.—Mariano, tenga compasión; va a enloquecerme del todo.

MARIANO (*con vehemencia*).—Siempre habla de enloquecer usted, pero no me mira a mí. ¿No ve que hace ya mucho que estoy loco? ¿O cree que se puede conservar la razón muriéndose de sed junto al agua clara... o turbia, que lo mismo da, pero que uno desea más que la propia vida? Respóndame.

ISABEL (*tratando de aparecer serena, pero sin lograrlo del todo*).—Mariano, usted sabe que nos casamos bajo ciertas condiciones, que usted aceptó, que juró respetar...

MARIANO.—Yo se lo juré a una desconocida, a una mujer que se casaba

conmigo por despecho, por resentimiento contra los demás hombres, y a aquélla me era fácil cumplirle la palabra, porque, bueno es que lo sepa, la despreciaba tanto como usted a mí.

ISABEL.— ¡Mariano! ¿Qué dice?

MARIANO.—Sí, la despreciaba. Yo era un racimo de horca, convicto y confeso de muchos crímenes, pero usted ¿qué era? Una mujer sin alma, capaz de casarse conmigo, ¿lo entiende bien? Conmigo, sin amor, sin pasión, por un torpe y apresurado cálculo nacido de la ira, del despecho, de la vanidad herida... sin piedad siquiera, que eso la habría ennoblecido.

ISABEL.— ¡No siga, por Dios, lo que dice es horrible! ¡Nunca hubiera creído que me veía así! *(Se deja caer en una silla y llora.)*

MARIANO *(con dulzura y tristeza)*.—No, Isabel, ya no la veo así, y es por eso que no me puede recordar aquel juramento. Ahora es para mí la única mujer del mundo. Y me ahogo a su lado. Es un tormento que comienza cuando la veo por las mañanas y que no termina cuando se despide de mí por las noches, pues en la soledad de mi cuarto la sigo viendo y en sueños sufro más que despierto.

ISABEL *(se seca los ojos, y casi sin poder ocultar su complacencia)*. — ¿Tanto me quiere?

MARIANO.—Mucho más... pero usted pudo cambiar a mis ojos, su verdadera alma se me fue revelando, día a día, en esta absurda convivencia nuestra, y hoy la veo tal como es, tal como la quiero sin esperanza, porque yo sé que nunca podré cambiar a sus ojos, siempre verá la sangre en mis manos y nunca la que gotea de mi corazón. *(Mariano ha dicho las últimas frases sentado en el arcón y con los ojos cubiertos por las manos. Ella se acerca por detrás y está a punto de darle un beso, pero cuando él hace referencia a la sangre, reacciona y se aparta.)*

ISABEL.— Hablemos de otra cosa, ¿quiere?

MARIANO *(se levanta, toma el sombrero)*.—Quiera o no quiera... Volveré a tiempo para ayudarla a cerrar la tienda.

ISABEL.— ¿Adonde va?

MARIANO.— A buscar trabajo.

ISABEL.—¿Y no lo tiene aquí?

MARIANO.—¿Aquí? En el tiempo que llevo en su casa no se ha vendido ni un mate...

ISABEL.—Los tiempos cambiarán.

MARIANO.—No son lo malo los tiempos, Isabel, sino mi presencia: nadie quiere rozarse con un asesino.

ISABEL.— ¡Oh, no diga eso!

MARIANO.—Lo diga o no lo diga, es la pura verdad, y no debe culparlos, cuando usted misma... Pero no hablemos de eso. Dicen que en un barco inglés necesitan hombres y que no se fijan mucho en su pasado. Puede que me tomen, y la distancia me salvará en parte.

ISABEL.—No salga a la calle, Mariano; ya sabe cómo es la gente. Acuérdesse de la otra vez...

MARIANO.—¿Qué puede importarme ya pedrada de más o de menos? *(Sale apartando a Isabel, que intenta aún cerrarle el paso.)*

ISABEL.— ¡Qué infierno, Dios santo, qué infierno!... Ni viuda ni casada... ¡Nieves!

NIEVES.—¿Mandaba, mi amita?*(Entrando.)*

ISABEL.—Tráeme una taza de tila.

NIEVES.—¡Voy peldiendo el habla, niña!

RITA *(apareciendo en la puerta)*.—Buenas tardes, Isabel.

ISABEL.— ¡Ah!, ¿eres tú? Entra, que tengo que decirte algo muy grave.

RITA.—No me asustes, mujer.

ISABEL *(solemne)*.—¡Rita!

RITA.—¿Qué?

ISABEL.—No te cases.

RITA.—¿No?

ISABEL.—No. No enviudes.

RITA.—¿No?

ISABEL.—No. Y no te vuelvas a casar.

RITA.—¿No?

ISABEL.—Y no me hagas caso.

RITA (*sentándose*).—Bueno, ahora dime qué es lo que te pasa.

ISABEL.— ¡No lo sé, Rita, no lo sé, y eso es lo grave!

RITA.—No importa; dímelo lo mismo y así lo sabrás.

ISABEL.—Espera, a ver... (*Piensa un momento con la barbilla en la mano.*) Ya está. ¿Qué pensarías de mí si mañana tuviera un niño?

RITA (*dando un respingo*). — ¿Mañana, Isabel?

ISABEL.— ¡No seas tonta, es un decir!

RITA (*llevándose la mano al corazón*). — ¡Ay, me has dado un susto!...

NIEVES.—La tila, mi amita. (*Trae la taza de tila.*)

ISABEL.—Dásela a la niña Rita.

RITA (*tomándose la tila y devolviendo la taza*).—Gracias, creí que me daba algo. (*Sale Nieves.*) Mira, Isabel, lo del niño me parece muy bien; un hogar sin hijos es como un día sin sol, como una planta sin flores... ¡Ah!, yo quiero ser la madrina.

ISABEL.—Pues no lo serás.

RITA (*resentida*).—Pero ¿por qué?

ISABEL.—Porque no hay niño.

RITA.—¿Que no hay niño? Pero ¿qué le ha pasado a esa criatura? ISABEL.—Es que he empezado mal... Verás: hace un mes me casé con Mariano...

RITA.—...Que iba montado en un burro, camino de la horca.

ISABEL.—Eso es... pero no es eso. Me casé con él por despecho, cegada por la ira. ¡Qué sé yo! Dejar de ser viuda era para mí una obsesión, estaba loca. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ya era tarde. Con decirte que estuve a punto de tirarme al aljibe.

RITA.—¡Jesús, mujer!

NIEVES (*entrando con otra taza de tila*).—La tila.

RITA.—¡Ay, dame, dame por favor! (*Se la arrebató y se la toma; luego se la devuelve.*)

ISABEL.—Nieves, a ver si me traes una taza para mí.

NIEVES.—Sí, mi amita. (*Sale corriendo.*)

RITA.—Sigue, sigue.

ISABEL.—Gracias a la intervención del padre Lucindo, a quien le confesé mi angustia, mi horror, mi vergüenza, se estableció que nuestro matrimonio sería un matrimonio...¿Cómo te diré?... Blanco. ¿Comprendes?

RITA.—Sí, hija, sí; pero no olvides que soy soltera. Así que suprime los detalles.

ISABEL.—No te hagas ilusiones. No hay detalles. Mariano aceptó sin hacer objeción ninguna.

RITA.— ¡Tonto de hombre!

ISABEL.—Yo, al principio, aunque por amor propio aparentaba seguridad, vivía con el alma en un hilo. No podía el pobre tomar un simple cuchillo de mesa sin que palideciera. Como es muy inteligente, pronto se dio cuenta de mi estado de ánimo y, para que no me asustara, comía con las manos. Tanta delicadeza me tranquilizó; le perdí el miedo por completo; ya no me encerraba en mi cuarto cuando oscurecía. Por las noches jugábamos a la baraja.

RITA (*consternada*).— ¡A la baraja!

ISABEL.— Sí, nuestro matrimonio comenzó por donde otros terminan...

HITA.— Todo es muy aburrido, en verdad, pero no veo qué tiene de grave.

ISABEL.— Ahora viene. Mariano está locamente enamorado de mí, y yo no sé que hacer...

RITA.— ¡Ah!...

ISABEL.— No sé qué hacer, porque yo también lo quiero.

RITA.— Es curioso...

ISABEL.— ¿Qué?...

RITA.— Que estando las cosas así entre los dos no sepan qué hacer. Mira, Isabel, por más soltera que yo sea, sabría lo que hay que hacer.

ISABEL.— No es tan fácil. Lo quiero. Pero no puedo olvidarme que es... No me gusta pronunciar la palabra; tú me entiendes, ¿verdad?

HITA.— Sí... También mira que ha hecho barrabasadas...

ISABEL.— Siete.

RITA.— Si fueran menos...

ISABEL.— Eso digo yo... Hay momentos, de día sobre todo, en que me parece fácil olvidar, pero de noche, ¡brrr! (*Se estremece.*) Pero lo peor no es eso.

RITA.— ¿No?

ISABEL.— No. Creo que podría vencer mis escrúpulos, mis aprensiones. Al fin es mi marido ante Dios; su arrepentimiento es sincero; el padre Lucindo le dio la absolución. ¿Quién soy yo para juzgarlo si hasta Dios lo ha perdonado?

RITA.— Eso digo yo: ¿quién eres tú? (*Levantándose.*) Bueno, hija, todo está resuelto. Mis felicitaciones.

ISABEL.— No cantes victoria antes de tiempo.

RITA (*vuelve a sentarse, resignada*).— ¿De qué se trata?

ISABEL.— ¿Y el niño? ¿Te has olvidado del niño?

RITA.— ¿Qué niño? ¡Ah, aquel del principio!

ISABEL.— Sí. Imagínate que este matrimonio siguiera su curso normal y, como esas cosas ocurren en el curso de los matrimonios, naciera un niño, y como otras cosas se heredan... ¡Ah, no quiero pensarle, no quiero pensarlo!... ¿No lo ves, Rita, no lo ves?

RITA.— Este, yo...

ISABEL.— ¿Pero no lo ves, mujer, al niño gateando con un puñal en la mano?

RITA.— Pero, Isabel, te ahogas en un vaso de agua; yo, en tu caso, le quito el puñal y santas pascuas.

ISABEL.— Es que así lo vería siempre en mi imaginación. ¡No, Rita, esto es atroz! Estoy en un callejón sin salida.

RITA.— Sí, la verdad... Y pensar que en el curso de esta conversación se había arreglado todo dos o tres veces...

ISABEL.— ¿Lo ves? Es una cosa así, que se arregla, se desarregla, se vuelve a arreglar...

RITA.— ¡Ya está!

ISABEL.— ¿Qué?

RITA.— ¡Pues plántale cuando se arregla y no pienses más!

ISABEL.— Sí... claro... pero, no... no sé...

PEDRITO (*entra corriendo muy agitado*).— ¡Señora Isabel, señora Isabel!

ISABEL.— ¿Qué? ¿Qué pasa?

PEDRITO.— Que ahí viene Mariano por la calle Mayor, corriendo a todo

correr.

ISABEL.—¿Lo ves, Rita? Lo han tomado en el barco inglés y viene a buscar el baúl... Ahora que yo había decidido... ¡Ingrato! ¡Entre el padre y el hijo me van a enloquecer!

PEDRITO.—Corre porque lo persiguen a pedradas, le gritan de todo... Don Hilarión, el sereno, quiso defenderlo y le taparon un ojo.

ISABEL.—¡Qué suerte!

RITA.—¡Isabel, que don Hilarión es buena persona!

ISABEL.—Si no me alegro por eso, sino porque no venga a hacer el baúl.

PEDRITO.—¿Oyen? *(Se oye ruido de gente que grita, carreras, tumulto. Isabel y Rita se precipitan a la puerta. Pedrito cae derrengado en el arcón. Entra Nieves con la taza de tila.)*

NIEVES *(parada en medio de la escena, sin saber qué hacer)*.—La tila.

PEDRITO.—Dame, Nieves, dame, que no puedo más. *(Mientras se toma la tila, Nieves corre a mirar por la ventana. Entra Mariano corriendo, con la ropa desgarrada, el pelo revuelto, sin sombrero y con una herida en la frente. Se apoya, fatigado y jadeante, contra la pared del foro. A la puerta se detiene el populacho, temeroso y hostil. Isabel lo enfrenta valiente y decidida, armada de una tranca.)*

ISABEL.—A ver, ¿quién es el valiente?

Voz DE HOMBRE.— ¡Asesino!

ISABEL.—Asesino, sí; pero mejor que ustedes, ¡cobardes!... Se aprovechan porque saben que no puede defenderse, que en cuanto le levante la mano a alguno se le vendrá la horca encima. ¡Cobardes! ¡Miserables!

UNA VOZ.— ¡Racimo de horca!

ISABEL.— ¡Pero es mi marido, y mientras yo viva nadie le faltará al respeto!

Voz DE MUJER.— ¡Desvergonzada!

ISABEL.—Cuidado, Eduviges, que se te cae la peluca. *(Se oyen risas.)*

Voz DE HOMBRE.—Isabel, te has convertido en la vergüenza del barrio.

ISABEL.—Y tu mujer en la de la ciudad y los suburbios. *(Risas.)*

Voz DE MUJER.—Asesina consorte.

ISABEL.— ¡Eso, tú lo has dicho, arpía! ¡Soy la asesina consorte, acepto el título! ¡Y a mucha honra! *(Volviéndose.)* Venga aquí, Mariano, que nos vean unidos, juntos contra todos. *(Le pasa el brazo por el cuello.)*

Voz DE HOMBRE.—Se despachó a siete.

ISABEL.—Porque no le dieron tiempo de terminar con todos. ¡Mala ralea!... ¡Pero todo se andará, con la ayuda de Dios! ¡Chusma! *(Se oye griterío confuso, en que se mezclan todos los gritos anteriores, caen dos o tres piedras dentro de la platería.)* ¡Y basta de charla! ¡Suelta los perros, Nieves! *(Desaparece Nieves corriendo por la puerta de la derecha, se produce un silencio breve, y en seguida se oyen los feroces ladridos de los perros que salen por la callejuela del foro, azuzados por la negrita desde adentro. La gente comienza a desbandarse perseguida por los perros, que no dejan de ladrar, ferozmente. Isabel, desde la puerta:)* ¡Chúmbale, chúmbale, Nerón,

Sultán, Centinela, Femando Séptimo! ¡Chúmbale, chúmbale!

RITA.—¡Cómo corren, cielos! *(A la ventana.)*

PEDRITO *(a la ventana)*.—¡Se cayó el tendero!

NIEVES *(que ha vuelto a entrar, desde la ventana)*.— ¡Huiiiija, qué lindo! *(Apaciguado el tumulto, perdidos a lo lejos los ladridos de los perros y los gritos de los que huyen, Isabel suelta la tranca y vuelve excitada y sofocada al medio de la escena. Mariano se le acerca.)*

MARIANO.—Isabel, tengo que darle las gracias... Ha procedido, como... como si me quisiera...

ISABEL.—¡Y es claro que te quiero, asesino de mi alma! *(Se echa en sus brazos y dice, hundiendo la cabeza en su pecho:)* ¡Pero he pasado un susto!... *(Rompe a llorar. Mariano le acaricia los cabellos dulcemente. Rita hace a Pedrito una señal y los dos se van de puntillas. Nieves hace lo mismo por la puerta de la derecha.)*

TELÓN

ACTO III

CUADRO I

La misma decoración del cuadro anterior. Isabel, muy acicalada, con flores en el pelo, nerviosa y feliz, mira cómo un pintor da los últimos toques a un cartelón colocado sobre dos sillas, dando la cara de atrás al público, para que éste no vea de qué se trata.

ISABEL. — ¡De prisa, de prisa, maestro, que nos va a pescar con las manos en la masa! *(Va hasta la puerta de calle y mira afuera; se detiene un momento ante el espejo y se arregla el pelo, después vuelve junto al pintor.)*

PINTOR. — Tiene expresión, ¿eh?

ISABEL. — ¡Y mucho sentimiento!

PINTOR. — Espere, señora, aquí hay mejor luz. *(Da vuelta el cartelón de modo que se pueda leer:)*

GRAN PLATERÍA DEL ASESINO

DE LA EX VIUDA ISABEL DE LA FLOR.

SI NO COMPRAN ME IMPORTA UN COMINO.

¡Y VIVA EL AMOR!

ISABEL *(leyendo con énfasis)*. — «Gran Platería del Asesino de la ex viuda Isabel de la Flor. Si no compran me importa un comino. ¡Y viva el amor!» ¡Y que se muerdan el codo! Y ahora, cuélguelo rápido, maestro, antes de que vuelva Mariano. Quiero darle la gran sorpresa... Pero ¿dónde se habrá metido ese hombre?

PINTOR. — Voy a buscar la escalera y vengo en seguida. *(Sale.)*

MARIANO *(se detiene en la puerta con el sombrero puesto. Viene muy contento)*. — Isabel.

ISABEL *(corriendo a ocultar la muestra con los pliegues de su ancha falda, que estira con ambas manos)*. — ¡Ay, no mires, que quería darte una sorpresa!

MARIANO.—Y yo otra que te hará muy feliz.

ISABEL.—No lo creo. Nada me puede hacer más feliz de lo que soy ahora.

MARIANO.—Pero antes, un beso. *(Se lo da, y ella lo recibe estirando el cuello y sin perder la anterior posición.)*

ISABEL.—Bueno, ahora retírate un poco... un poco más. *(Con un rápido movimiento se corre a un lado dejando visible la muestra.)*

MARIANO.—¿Qué es esto, Isabel?

ISABEL.— ¡Un desafío!

MARIANO.— ¡Pero esto es una locura!

ISABEL *(un poco desilusionada)*.—Caramba, Mariano; pongo en la puerta de casa un letrero que es un grito de amor lanzado en plena calle, y tú dices simplemente: «es una locura»... ¡Y claro que es locura, pero de la buena: locura de amor!

MARIANO *(acariciándola)*.—Eres magnífica y valiente, Isabel, pero tu valor ya no es necesario. *(Como para producir gran efecto.)* Isabel: yo no soy un asesino.

ISABEL.— ¡Vaya una novedad!

MARIANO.—¿Lo sabías?

ISABEL.—Naturalmente, tonto. Mataste en defensa propia, en pelea, de hombre a hombre; y quien mata así, aunque las leyes digan otra cosa, no es un asesino, es un caballero celoso de su honor.

MARIANO.—No, Isabel; la interpretación que has encontrado es muy generosa, demuestra cuánto me quieres; pero yo no he matado nunca a nadie, ni de un modo ni de otro. Vengo de aclararlo todo y pronto oirás mi rehabilitación.

ISABEL.— ¡Ah!... ¿Fue un error judicial?

MARIANO.—Tampoco fue un error judicial: fue una invención mía.

ISABEL.—¿Una invención?... No comprendo... *(Muy lentamente, sin dejar de*

mirarlo con vago recelo, se sienta en primer término. Mariano se sienta a su lado.)

MARIANO.—Yo soy del barrio del Matadero, barrio de gente brava, pendenciera, donde se apreciaba más una buena cuchillada que una buena acción... Yo era tímido, tenía horror a las peleas, la sola vista de la sangre me enfermaba. Por eso mis compañeros me despreciaban, se burlaban de mí. Cualquiera se creía con derecho a levantarme la voz... y la mano. Me humillaban... No quieras saber lo que fueron mi infancia y mi adolescencia... Un día apareció apuñalado en una zanja un matón de cuyo valor todos se hacían lenguas... No se daba con el matador, y entonces yo les confesé en secreto que el cadáver me pertenecía. Al principio se rieron, pero después, cuando les referí la historia, el encuentro, la pelea, y hasta las últimas palabras del muerto, me dieron fe y me felicitaron respetuosamente. Y la vida comenzó a cambiar para mí... Pasó algún tiempo, y para reforzar mi prestigio, me adjudiqué otro muerto orejano... Al tercero, ya no tuve que hablar: es de Mariano, dijeron como la cosa más natural, y así me fueron cargando el cuarto y el quinto...

ISABEL.—Hasta siete.

MARIANO.—Comprendo que eran muchos, que debía contentarme con uno o dos, pero la ambición me perdió... Ponte en mi caso: cuando entraba a la pulpería todos se disputaban el honor de invitarme; mi palabra era ley en materia de honor; si se me ocurría dar una serenata a alguna niña, ya ninguno osaba acercarse a su ventana: era prenda reservada para mí.

ISABEL.—Y tú, ¿te aprovechabas?

MARIANO.—No mucho, siempre fui tímido con las mujeres.

ISABEL.— ¡Ah!, ¿con las mujeres también?...

MARIANO (*tomándole las manos, que ella retira sin violencia*).— Supongo que no vas a ponerte celosa.

ISABEL.— ¿Yo? ¡Qué esperanza!

MARIANO.—Como te decía, la ambición me perdió.

ISABEL.—Comprendo. Tus amigos podían guardar en secreto un par de muertos, pero siete eran muchos, y desbordaron de su discreción.

MARIANO.—Eso es, hablaron y mi fama llegó a oídos de la justicia.

ISABEL.—La gente es tan habladora... Continúa.

MARIANO.—Me detuvieron. Fácil me hubiera sido negar aquellos crímenes. Me sobraban coartadas; podía justificarme. Pero ¿cómo volver al barrio, donde ya empezaba a ser casi legendario? ¡Si hasta los payadores cantaban mis hazañas!

ISABEL (*canturrea*).

—Del barrio del Matadero

salió Mariano el valiente,

con un puñal en la mano

y una diadema en la frente.

MARIANO.—¿Ves? No, no era posible decir la verdad; más valía la horca que la deshonra. Y callé ante los jueces. El único que lo sabía era el padre Lucindo, que me oyó en confesión. Pero en vano me exhortó para que lo declarara todo a la justicia. Mi tonta vanidad me lo impedía.

ISABEL.—¿Y por qué no me lo dijiste a mí?... ¿O es que también pretendías que te admirara por tus falsas hazañas?... ¿No veías el horror que me dabas?

MARIANO.—Por eso mismo no te lo dije. Quería que me amaras tal como creías que era; quería que tu cariño fuera más grande que mis crímenes; así estaría seguro de él.

ISABEL (*con Tristeza*).—Y lo fue, Mariano, lo fue. Día a día fui, como quien dice, saltando cadáveres para llegar hasta ti; lavando con mis manos hacendosas los charcos de sangre que dejaban tus pasos; aventando con mis suspiros de enamorada las ánimas en pena que rodeaban mi lecho; y te amé, Mariano, como nunca fue amado ningún otro asesino en este mundo...

MARIANO (*emocionado, va a besarla; pero ella lo rechaza*).— ¡Oh, Isabel!...

ISABEL.—¡No me toques! (*Se pone en pie.*)

MARIANO (*poniéndose también en pie, y aproximándose*).—¿Qué tienes, Isabel?

ISABEL.—Nada, pero no me toques.

MARIANO.—No te comprendo...

ISABEL.—Pues es tan sencillo... Durante más de un mes he luchado contra todos mis principios, contra todas mis ideas y sentimientos, contra mis naturales repugnancias, que se interponían entre nosotros como prendas de ropa que siempre llevé, que toda mujer honrada lleva, y que me fui arrancando una a una por ti. Trabajé en silencio para dar a mi alma mía nueva forma, que se adaptara a la tuya... y ahora resulta que aquel hombre por el que tanto luché a solas contra mi conciencia y mi moral, no existe, no es más que una sombra creada por la vanidad de un vago de pulpería para que le pagaran las copas y le dejaran hacerle el amor a las muchachuelas del barrio. ¡Qué engaño, Dios mío, qué miserable engaño!

MARIANO.—¡Oh no, Isabel! A ti no quise engañarte, quise probar hasta dónde puede llegar el amor... (*La toma de las muñecas con fuerza.*) Y ahora, que te he conquistado, no te suelto. (*Intenta besarla, pero ella hurta la cara.*) Te amo, por las buenas o por las malas. (*Vuelve a querer besarla, forcejean.*)

ISABEL.—Sí, con una mujer eres valiente y fuerte. ¡Suéltame, cobarde! (*Mariano, como mordido por una víbora, la suelta instantáneamente y, en silencio, toma su sombrero y sale lentamente con la cabeza gacha. Ella se deja caer en una silla y rompe a llorar. El llanto se prolonga un momento.*)

PINTOR (*entrando con la escalera*).—Aquí está la escalera, señora.

ISABEL (*pega un respingo, se seca el llanto rápidamente y, como sonámbula:*).—¿La escalera?... Ah, sí... (*Se queda mirando como sin ver cómo el pintor apoya la escalera contra la pared, toma la muestra y se dispone a salir. Después reacciona.*) Mire, maestro, he resuelto poner otro letrero... Borre eso y ponga... ponga... Platería del Desengaño.

PINTOR.—No me parece comercial señora; pero usted manda. (*Sale llevándose letrero y escalera. Isabel vuelve a sentarse y queda pensativa.*)

RITA (*entrando muy agitada y bulliciosa*).—¡Albricias!, ¡albricias!... ¿Sabes lo que ocurre?

ISABEL (*sin interés*).—¿Qué ocurre?

RITA.— ¡Mariano es inocente!

ISABEL (*dando un salto*).— ¿Inocente? ¡Lo que es, es un canalla!

RITA.— ¿Eh?... ¡Ah!, ya comprendo. Disgustillos de enamorados... Pero en cuanto sepas lo que le pasa vas a bailar en un pie de alegría. Imagínate que tu marido se ha pasado la mañana en conciliábulos con el padre Lucindo y el juez, y ya circula por la ciudad la noticia de que es inocente de todos los crímenes que se le imputaban, o como se diga. A estas horas ya lo estaría anunciando el pregonero, de no haberle roto anoche el tambor unos negros a los que se lo prestó para una fiesta. ¡El alcalde está furioso!... Dice que van a decir que la justicia es un candombe... Pero no te apures, que ya han ido a pedir prestado un tambor al cuartel, y si no se oye es porque se han puesto a discutir el tambor mayor y el pregonero sobre quién redobla mejor... En fin, hija, hay un gran alboroto.

ISABEL (*displicente*).— ¿Sí?

RITA.— ¿Pero no te alegras, mujer de hielo?...

ISABEL (*levantándose*).— Perdóname, Rita pero a mí también se me ha roto el parche del alma... en otro candombe. (*Reaccionando, sacude la cabeza, yergue el busto como quien toma una gran resolución.*) ¡Pero no soy yo mujer de pasarme la vida llorando sobre un tambor destemplado! ¡Al diablo con todo! ¡No me quisieron buena, pues me tendrán mala, como entre todos me han hecho! ¡Ya verás! (*Corre al espejo, se arregla con violenta coquetería y vuelve al centro de la escena a tiempo de ver pasar por la ventana a don Cosme. Duda un momento y luego corre a la puerta llamando.*) ¡Don Cosme! ¡Eh, don Cosme!... ¿Adonde va usted?

DON COSME (*parado en la puerta, sin entrar*).— A la audiencia, hija, a la audiencia. (*Saluda con el sombrero y hace ademán de continuar su camino.*)

ISABEL (*tomándolo del brazo y obligándolo a entrar*).— ¡Déjese usted de audiencias ahora! ¿Por qué no ha venido en todo este tiempo?

DON COSME.— Este, hija... te diré... (*Mira hacia todos lados, inquieto.*) Tu nuevo estado... no me parecía prudente...

ISABEL.— ¡Qué simpleza!... ¿Cómo era aquello que le decía mi primer marido cuando lo encontraba?...

DON COSME.— ¡Qué sé yo! Pamplinas, Isabel; pamplinas...

ISABEL. — ¡Ah!, ya recuerdo (*Abrazándolo.*) ¡Don Cosme, venga un abrazo!... ¿Era así o más fuerte? (*Lo abraza con más fuerza y luego lo arroja con mal disimulado asco sobre el arcón, donde el vejete cae sentado y se abanica muy azorado con el pañuelo.*)

DON COSME. — ¡Ay, mujer, qué extremosa eres!... (*Se levanta con visible dolor de riñones.*) Me voy, que ya deben de estar aquellos señores impacientes...

ISABEL. — Pero no deje de venir seguido, como antes.

DON COSME. — Sí, hija, sí. (*Sale.*)

ISABEL (*desde la puerta, le grita*). — ¡Y traiga usted a sus amigos... al señor deán... a todos! (*Se vuelve y se encara con Rita.*) ¿Qué hay?

RITA. — ¡Que estás completamente loca!

ISABEL. — ¿Yo, mujer?... Si es la alegría que me desborda... ¿No lo ves?

PEDRITO (*entra corriendo*). — ¡Señora Isabel! ¿Sabe la noticia?

ISABEL. — Sí, sí... Pero, dime, ¿por qué no me traes más diamelas?

PEDRITO. — Pensé que a Mariano no le gustaría.

ISABEL. — ¡No seas niño! Estará encantado, y yo mucho más. Mira, siempre que me traigas una diamela te daré un beso.

PEDRITO (*dando un salto*). — ¿Qué? ¿Cómo?

ISABEL (*dándole un sonoro beso en la mejilla*). — Así. Ése es a cuenta. (*Pedrito se la queda mirando y luego sale corriendo.*)

PEDRITO. — Este... ¡Voy a buscar un ramo!

RITA. — ¡Isabel, estoy fula!... No volveré a pisar tu casa... ¡Hacer semejantes desvergüenzas delante de mí, olvidando que soy una niña soltera! (*Sale como una tromba.*)

ISABEL (*le grita*). — ¡Y que lo seas por muchos años!

VERDUGO (*apareciendo en la puerta y entrando*). — Con su licencia...

ISABEL (*pegando un respingo*).— ¡Usted!

VERDUGO.—He sabido la noticia y he querido darle la enhorabuena, en nombre de mi señora esposa, de mis siete niños y en el mío propio, porque, como yo digo...

ISABEL.—Y como digo yo: ¡Fuera de aquí, canalla, Judas!

VERDUGO.—Pero si ya no tiene usted que recelar de mí; si su marido se ha sacado, como quien dice, definitivamente la sogá del cuello...

ISABEL.—Usted es la causa de mi ruina. Si no se hubiera parado en esta puerta honrada con su cochino burro y su condenadísimo Mariano... Pero no quiero hablar. ¡Fuera he dicho!

VERDUGO (*recula hacia la puerta ante la actitud amenazante de ella*). —Calma, calma, señora, que cada cual en su oficio y Dios en el de todos... (*Ambos prestan oídos al tambor que redobla a lo lejos.*)

ISABEL.—¿Ese tambor?

VERDUGO.—Es el pregonero.

ISABEL.—¿Y viene hacia aquí?

VERDUGO.—Naturalmente. Disponen las leyes que en las mismas calles donde el reo fue infamado, se lo desinfame, como quien dice.

ISABEL.—¿Y van apararse en esta puerta?... ¡Qué vergüenza!... Dígame usted, ¿no podría evitarse?... ¿hacer que tomaran por otra calle... digo, dándole una onza al pregonero?

VERDUGO (*muy digno*).—Señora, dura lex, sed lex^[16], lo que, latines aparte, quiere decir que por una onza no se puede torcer el camino de la ley.

ISABEL.— ¡Pues tome usted cuatro, para que no pasen por aquí!

VERDUGO.—¿Cuatro onzas? Esto está más dentro del espíritu de las leyes. Descuide usted, señora.

ISABEL.— ¡Corra, hombre, corra! (*Sale el verdugo apresuradamente, y ella se*

deja caer en una silla, exclamando, con la cara entre las manos:) ¡Qué vergüenza, qué horrible vergüenza! *(Durante la escena anterior se habrá oído el redoblar del tambor cada vez más cercano.)*

TELÓN

CUADRO II

La misma decoración del cuadro anterior. Es de noche. Nieves trajina por la escena acomodándolo todo y tarareando muy alegre. Víctor aparece en la ventana del foro, espía y luego chista. Trae un ramo.

VÍCTOR. — ¡Eh!, Nieves.

NIEVES *(sobresaltada)*. — ¡Ay, San Benito!

VÍCTOR. — ¿Y tu señora?

NIEVES. — Se está vistiendo.

VÍCTOR. — Bien; toma estas flores y ponías por ahí. Cuando te pregunte, dile que las traje yo.

NIEVES. — ¿Y si se enoja como la otlá vez?

VÍCTOR *(dándole una moneda)*. — Te compras una linda peineta y te la pones.

NIEVES *(con miedo recibe el ramo y el dinero)*. — ¡Ay, me va a letal mucho, pelo a usted, niño Víctol, no se le puede negal nada!

VÍCTOR. — Ojalá fuera así...

Voz DEL SERENO *(hacia la izquierda)*. — Las ocho han dado, y sereno.

VÍCTOR *(precipitadamente)*. — Bueno, adiós. *(Se va por la derecha rápidamente.)*

NIEVES. — Este sí que es un cabayelo. *(Acomoda las flores en una jarra de plata, sobre el mostrador. Ve cruzar por frente a la ventana de la izquierda al sereno, y dice, muy melosa:)* Buenas noches, don Hilalión.

SERENO *(seco)*. — Buenas noches, ¡y sereno! *(Sin detenerse.)*

NIEVES.— ¡Ay, Jesusito, qué modales!...

SERENO (*parándose en la puerta*).—Modales, modales... Mira, rapaza, yo soy gallego, y al pan, pan, y al vino, vino. ¿Te enteras?

NIEVES.—Justamente, don Hilarión, quería hacele plobal una copita de un vino que nos mandó don Cosme. (*Mientras habla sirve una copa de vino de una damajuana que hay detrás del mostrador y se la ofrece.*)

SERENO (*después de mirar hacia ambos lados de la calle, bebe*).— ¡Atiza! Éste vino está muy puesto en razón. (*Devuelve el vaso.*) Vamos, que es lo único que hay puesto en razón en esta casa de un tiempo a estas fechas... Y no sigas tú el mal ejemplo, rapaza, ¡y abur! (*Inicia el mutis.*)

ISABEL (*que ha entrado a tiempo de oír las últimas palabras*).— ¡Ah, don Hilarión!

SERENO (*volviéndose*).— ¿Mandaba usted, señora?

ISABEL.—Preguntaba que a qué mal ejemplo se refiere usted, si puede saberse.

SERENO.—Usted me entiende, y al buen callar llaman Sancho^[17].

ISABEL.— ¡Pues a callar, entonces!

SERENO (*conteniéndose, con mezcla de enojo y afecto dolorido*).— Es que a mí me duele que ande usted en boca de la gente... He sido amigo de su señor padre, que en gloria esté; de su primer marido, que en gloria esté; del pobre Mariano...

ISABEL.— ¡Que en gloria esté!... Y no siga, por favor, don Hilarión, que yo no reparé ni en ir a descolgar un marido de la horca para que hubiera respeto en esta casa, pero la gente es aquí tan tramposa y tan falsa, que se casa una de buena fe con un criminal y luego se encuentra con que le han robado en el peso y con que el racimo de horca era un león de circo... ¡No, don Hilarión, ya estoy hasta los pelos de engaños y mentiras!

SERENO.—Mucho habría que hablar, pero... (*No sabiendo qué decir, exclama furioso a tiempo que se va:*) ¡Las ocho han dado, y sereno!

ISABEL.— ¡Por mí, que lluevan chuzos! (*Se vuelve y ve el ramo de flores que*

trajo Víctor. Lo toma y lo huele.) ¿Y estas flores tan lindas?

NIEVES.—Las traje el señor Víctor. ¿Las tío?

ISABEL (*se encoge de hombros*).—Ya que están, déjalas...

NIEVES (*arreglando las flores, murmura*).— ¡Ajá, conque esas tenemos!

ISABEL.— ¿Qué estás murmurando ahí?

NIEVES.—Nada, que parece que está cambiando el tiempo. (*Entran don Cosme y un vejete.*)

DON COSME.—Isabelita, me he permitido traer a este caballero, que ardía en deseos de conocerte.

ISABEL (*con una mirada al vejete*).—Y de tanto arder se ha quedado en las cenizas... Siéntense ustedes, señores, que aquí todo el mundo está en su casa. (*Se sientan ambos.*)

VEJETE (*a don Cosme, por lo bajo*).—Parece que me ha distinguido, ¿eh?, señor don Cosme.

DON COSME.— ¡Qué duda cabe, señor don Plutarco! (*Se oye en la calle sonar una guitarra e inmediatamente se detienen en la puerta tres galanes, uno de los cuales trae el instrumento.*)

ISABEL.—Ya está aquí la música. Entren, señores, entren. (*Los tres saludan con inclinaciones de cabeza a los viejos y con amables «Buenas noches, doña Isabel», «Isabelita»...*)

VEJETE (*por los jóvenes*).— ¿Y estos feligreses?...

DON COSME.—No se preocupe, don Plutarco; son unos jovenzuelos sin consecuencias; se van en rasgueos y aprontes musicales. Experiencia es lo que hace falta, experiencia, y eso, nosotros.

VEJETE.— ¡Je, je!; eso nosotros... (*Da un pinchacito picarón a don Cosme*)

PEDRITO (*entra con una diámela. Saluda en redondo*).—Buenas noches...

TODOS.—Buenas noches, Pedrito.

VEJETE.—¿Y éste?

DON COSME.—Este es el chico de las diamedas. Verá usted cómo se burla de él. Es lo más divertido. (*El vejete se restregó las manos, muy dispuesto a divertirse.*) ¡Je, je!

PEDRITO (*acercándose a Isabel*).—Tome, Isabel, es la última que queda.

ISABEL (*prendiéndosela en el pelo*).—¡Qué lástima, son tan lindas! Ven que te pague, Pedrito. (*Se dispone a besarlo, pero él se aparta sin violencia y va a sentarse al vano de la ventana de la derecha.*)

PEDRITO.—No, señora Isabel, muchas gracias.

ISABEL (*avergonzada, pero afectando despreocupación*).—Bueno, como quieras... Nieves, vamos a servir el vino que nos regaló don Cosme. (*Ayudada por la negrita, sirve el vino.*) ¡Y a beber y a tocar música, que quiero alegría, mucha alegría en esta casa!

DON COSME (*al vejete*).—¿No le decía yo, don Plutarco? Esta es una casa alegre.

VEJETE (*muy animado*).—Una casa alegre; ¡Qué lindo! ¡Je, je!

VÍCTOR (*se detiene en la puerta, mira en torno y saluda*).—Buenas noches, señores.

TODOS.—Buenas noches.

ISABEL (*al verlo le sale al encuentro con aire desafiante*).—¿Tú aquí?

VÍCTOR (*muy cortés y respetuoso, quitándose el sombrero*).—Sí, Isabel...

ISABEL —¿Que buscas? ¿No te eché de esta casa?

VÍCTOR.—Es verdad, Isabel... pero como las circunstancias han cambiado...

ISABEL (*sarcástica*). — ¡Ah!, comprendo... ¿quieres aprovechar las nuevas

circunstancias?...

VÍCTOR (*serio, respetuoso*).—No precisamente; lo que quisiera es hablar a solas contigo...

ISABEL (*afectando despreocupación*).—Bueno, ¿qué mal hay en eso?... Pero ahora, como ves, tengo visitas. Estamos de fiesta.

VÍCTOR.—¿Si pudiera quedarme?...

ISABEL (*encogiéndose de hombros*).—Naturalmente que puedes, todos pueden venir aquí; ésta es una casa muy hospitalaria. ¿No lo sabías?

VÍCTOR.—Muchas gracias, Isabel. (*Se queda de pie junto a la puerta.*)

ISABEL (*a los músicos, que han estado templando desde que entraron*). —¿Y?... ¿Está ya templada esa guitarra? A ver, algo alegre y fuerte, que se oiga en todo el barrio.

DON COSME.—Cante usted aquello del valiente.

GUITARRERO.—No sé si debo... (*Todos miran interrogativamente a Isabel*).

ISABEL.—¿Por qué no? (*Se sienta muy dispuesta a escuchar.*)

GUITARRERO (*cantando*)

—Del barrio del Matadero

salió Mariano el valiente,

con un puñal en la mano

y una diadema en la frente.

VEJETE (*ya borracho, pues ha bebido mucho, sale al medio de la escena y corea haciendo la señal de los cuernos con los dedos hacia arriba sobre la cabeza y brincando ridículamente*). —...Y una diadema en la frente. (*Todos, menos Pedrito, Isabel y Víctor cantan la copla; don Cosme y el vejete bailan, muy ridículos y borrachos.*)

MARIANO (*muy desmejorado, aparece en la puerta, a tiempo de oír la canción. Su*

actitud es muy humilde; se quita el sombrero. Hay un embarazo general al verlo).—Buenas noches, señores... Isabel...

ISABEL (*saltando como mordida por una víbora*).—¿Tú? ¿Qué quieres aquí? ¡Fuera!

MARIANO.—Ante todo, no quisiera interrumpir la diversión de estos señores que honran nuestra casa...

ISABEL.—Mi casa.

MARIANO.—Tu casa, sí, Isabel. Perdóname el error; pero como mientras no llegue la anulación de nuestro matrimonio soy legalmente tu esposo, me he creído en el deber de venir a velar por...

ISABEL (*cortándole la frase y con sorna*).—¿Por tu honra?

MARIANO.—No, Isabel; ésa sabes cuidarla tú muy bien... He venido a velar por tus intereses.

ISABEL.—¡Pues yo no te preciso!

MARIANO (*insiste suavemente*).—Déjame, Isabel; una mujer sola al frente de un negocio se ve en dificultades; no es lo mismo que cuando un hombre vigila... (*A los demás.*) Intercedan ustedes, señores... Usted, señor don Cosme, que siempre ha tenido tanto ascendiente sobre ella...

DON COSME.—Yo creo, Isabelita, que dado el plan tan... tan... tan conciliador en que viene... su presencia no puede perturbar...

VEJETE (*ahogándose en la risa*).—Y será más divertido. ¡Je, je!

GUIARRERO.—Déjelo, señora; a lo mejor no tiene adonde ir.

GALÁN.—Déjelo, doña Isabel.

PEDRITO (*no pudiendo soportar más la escena*).—¡Mariano! ¿Cómo puedes...?

MARIANO.—¿Qué, Pedrito? (*Pedrito baja la cabeza y no responde.*)

VÍCTOR (*valentón, se adelanta como para echar a Mariano*).—Isabel, si tú

quieres...

ISABEL (*rápida mirada a los dos hombres*).—Muchas gracias, Víctor, pero Mariano está en su derecho. (*A Mariano.*) Puedes quedarte, pero ya ves, estamos de fiesta y no sé si te divertirás...

MARIANO.—No vengo a divertirme, Isabel, sino a trabajar. (*Pasa detrás del mostrador, se quita la casaca, toma un trapo y frota algún objeto de plata. Silencio general. Todos lo observan.*) Por mí, señores, no se priven. Sigan, sigan la fiesta. Es tan agradable trabajar así, rodeado de amigos y clientes... Además, ustedes están en su casa.

VEJETE.—Pero si es de lo más manso; hasta le estoy tomando simpatía.

DON COSME.—Si toma las cosas así, casi sería preferible que no se anulara el matrimonio.

VEJETE.— ¡Es lo que yo digo!

MARIANO.—Isabel, ¿por qué no les sirves una copa a estos amigos? A ver si vuelve la alegría... Si no fuera porque no hay motivo, cualquiera pensaría que sienten recelo, temor... (*Sonrisas generales ante la idea de que puedan tener miedo.*)

VEJETE.— ¿Miedo? ¡Qué gracioso! ¡Je, je!

DON COSME.—Eso es, Isabelita, más vino. (*Isabel y Nieves sirven otra vuelta. Cuando Isabel pasa con la bandeja frente a Mariano, sin intención de servirle, éste estira la mano y toma una copa.*)

MARIANO.—Gracias. (*Bebe, imitado por todos, menos por Isabel, que permanece recelosa y expectante.*) Esto entona, ¿eh?... ¿Tú no bebes, Isabel? Toma un trago, aunque más no sea que para acompañar a estos señores. (*Le ofrece una copa.*)

ISABEL (*seca*).—Gracias. (*No la acepta. Mariano hace un gesto resignado.*)

VÍCTOR (*le ofrece una copa*).—Yo le serviré.

ISABEL (*mira un momento a Mariano y luego, como en un desafío, acepta la copa de Víctor*).—Bueno, beberé. (*Se toma la copa de un trago.*)

VÍCTOR.—Brindo por la prosperidad de la bella dueña de casa.

TODOS (*levantando las copas*).— ¡Salud, salud!

MARIANO.—Y para que esa prosperidad sea verdadera, ¿por qué no compran ustedes algo?

VÍCTOR (*que se ha ido envalentonando ante la mansedumbre de Mariano y la preferencia de Isabel, dice con una mirada llena de intención a ésta:*).—Es que, ¿sabe usted, amigo Mariano?, todos los presentes quisiéramos llevarnos la misma pieza... Y como es única...

VEJETE.—¿Única? ¡Eso está muy requetebueno!

DON COSME.—Se la llevará el mejor postor.

ISABEL (*que ya no aguanta más*).— ¡Esto es inaguantable! ¡Basta ya de payasadas!

MARIANO.—Isabel, contén los nervios, que ése no es modo de tratar a la clientela seria. Lo que pasa es que tú no sabes vender. Verás cómo yo encuentro algo que les interese. Dejemos por el momento esa pieza única, que se la llevará el que la merezca, el que sepa ganarla, como es natural... (*Al vejete.*) Usted, señor, ¿no compraría esta hermosa palangana, plata pura?...

VEJETE.—¿Yo? ¡Je, je! ¿Para qué la quiero?

MARIANO (*que mientras habla ha echado sin ostentación el agua del florero en una palangana que está sobre el mostrador, se acerca al vejete y tomándolo del cuello le mete la cabeza en el agua*).—Pues para refrescarse, señor. (*Le deja sacar la cabeza.*) ¿Le gusta, o quiere seguirla probando? Son quince onzas...

VEJETE.—Pero es claro que me conviene. (*Saca el dinero y se lo da. Mariano suelta al vejete, que se deja caer en la silla cargando con la palangana, y se dirige a don Cosme con dos jarras de plata.*)

MARIANO.—Usted, don Cosme, creo que se interesaba por estas jarras, ¿no es así?

DON COSME (*de pie y sacando fuerzas de flaqueza*).—Mariano, ¿no pretenderás insolentarte conmigo?

MARIANO.—¿Yo, señor? ¡Qué esperanza! Pero como esto es una platería y

no una taberna, hay que comprar algo para evitar murmuraciones, por el qué dirán... Tome usted. (*Con un rápido movimiento lo obliga a cargar con las jarras.*) ¿No ve? Si usted las quería; lo que pasa es que mi mujer es algo tímida para vender. Son veinte onzas, precio de amigo. (*Lo mira de tal modo, que el otro, retrocediendo, saca el dinero y se lo entrega.*)

DON COSME.—Sí, claro...

MARIANO (*agarra a un viejo de cada brazo y los echa a la calle.*).—¡Fuera!

VÍCTOR (*atusándose el bigote.*).— ¡Ah! ¡Dos pobres viejos, casi inválidos!...

MARIANO (*disculpándose.*).—Es que los viejos son así; si no se los empuja un poco, no se deciden nunca... ¿Nadie más quiere comprar algo? Porque es tarde y hay que cerrar...

GUIARRERO (*se levanta seguido de sus dos amigos y pretende tomar la puerta.*).—Entonces, muy buenas noches.

MARIANO (*cerrándole el paso.*).—¡Oh!, pero no hay tanto apuro. Usted va a necesitar una guitarra.

GUIARRERO.—Si tengo ésta nuevita...

MARIANO (*tomándole la guitarra.*).—Lo decía porque ésta ya no le va a servir. (*De un golpe seco se la mete por la cabeza, y mientras el otro se debate intentando sacársela, descuelga otra y se la entrega.*) Tome, amigo, y a ver si aprende a cantar mejor aquello de la diadema, que es muy bonito. Son... Isabel, ¿cuánto vale esta guitarra?

ISABEL (*como sonámbula.*).—Doce onzas, con el diez por ciento de descuento, por ser para un artista. (*El guitarrero saca el dinero y paga atragantándose con las astillas de la guitarra y sale corriendo.*)

MARIANO (*a los dos compañeros.*).—Vinieron a caballo, ¿no?

Los DOS.—Sí, sí, señor...

MARIANO.—Pues aquí tienen dos buenos rebenques. Son muy fuertes. Juzguen ustedes mismos. (*Les da de rebencazos por las piernas.*) Sólo tres onzas, para liquidar.

UNO.—Sí, son muy buenos. Tome.

EL OTRO.—Yo también quiero uno. Sírvasse. (*Huyen llevándose los rebenques que Mariano les ofrece.*)

MARIANO (*a Víctor*).—El señor licenciado, que ya ha visto cómo vendemos en esta casa, ¿quiere comprar alguna chuchería o sigue prefiriendo la pieza única?

VÍCTOR.— ¡Histrión, payaso!... Buena está la farsa para viejos caducos y mozalbetes desarmados.

MARIANO.— ¿Y el señor tiene armas?

VÍCTOR.—Soy licenciado en derecho y no ando con el puñal al cinto como un matoncete de arrabal.

MARIANO. —Entonces le puedo ofrecer esta hermosa daga. (*Haciendo el artículo.*) Cabo de plata cincelada, hoja de Toledo legítima. Un trabajo verdaderamente fino y muy barato. (*Con la punta de la daga le juega por los flancos.*) Pincha, ¿no es cierto?

VÍCTOR (*aguantando su miedo y sacando fuerzas de flaqueza*).— ¡Porque no tengo armas cobarde!

MARIANO.—Pero, señor, si sólo quería mostrarle la excelencia de la hoja. (*Toma el puñal por la punta y se lo ofrece cortésmente por el cabo.*) Son nada más que cinco onzas, por ser para usted. Sírvasse. (*Víctor se apodera del arma.*) Y ahora que está bien armado, quizá quiera llevarse otra pieza, una pieza única por la que vino a esta casa... Pero ésa no se la puedo vender yo; es asunto de la señora. (*Le da la espalda. Víctor hace un movimiento como para herirlo, pero Isabel grita.*)

ISABEL.— ¡Mariano!

MARIANO (*dándose vuelta sin prisa*). — ¡Oh, señor licenciado!; usted, que es hombre de leyes, comprenderá que no es justo utilizar una cosa antes de haberla pagado... (*Le toma la muñeca armada, se la aprieta fuertemente y le clava la mirada en los ojos.*) Porque usted va a pagar, ¿no?

VÍCTOR (*deja caer el puñal, que se clava dramáticamente en el suelo*). — ¡No necesito su puñal, no soy un cuchillero!

MARIANO.—Bueno, bueno, pero eso no es razón para que se vaya sin comprar nada. Un freno, por ejemplo... Isabel, ¿quieres alcanzarme uno como para el señor?... De esos baratos de dos onzas.

ISABEL (*duda un momento. Los dos hombres están pendientes de su actitud. Por fin se decide, y descolgando un freno con riendas, se lo trae a Mariano*).—¿Se lo envuelvo o preferirá llevarlo puesto? (*Víctor, ante la clara definición de Isabel, se siente vencido y, con un gesto altivo, saca el dinero y lo arroja sobre el mostrador. Mariano lo suelta, y el otro se va, tratando de conservar la dignidad.*)

MARIANO (*le dice a tiempo que desaparece:*).—Y ya sabe, señor licenciado, siempre a sus gratas órdenes, platería en general...

PEDRITO (*que ha seguido con gestos y exclamaciones de agrado toda la escena anterior, corre y lo abraza*).— ¡Mariano, estuviste muy bien!

MARIANO.—Gracias, Pedrito.

PEDRITO.—Bueno, yo me voy, que es muy tarde.

MARIANO (*poniéndose la casaca*).—Espérame; iremos juntos. He terminado mi trabajo.

ISABEL (*echándose en sus brazos*).—No, Mariano, no te vayas... te necesito para... para que me ayudes a vender. (*Se besan. Pedrito desaparece discretamente, y en la ventana se ve al sereno, que mueve la cabeza complacido.*)

TELÓN



CONRADO NALÉ ROXLO (Buenos Aires, 15 de febrero de 1898 - Ib., 2 de julio de 1971). Fue un escritor, periodista, guionista y humorista argentino. Recibió el premio Nacional de Literatura y el Gran Premio de Honor de la SADE en 1961.

Notas

^[1] *Exvoto* (del latín): ofrenda hecha en recuerdo o agradecimiento por algún beneficio, que se cuelga en los muros de los templos. Se pueden ver en las paredes interiores de, por ejemplo, la Basílica de Luján (Pcia. de Buenos Aires). <<

^[2] *Transición*: en el lenguaje teatral, indica que el actor pasa de un modo de ser a otro distinto. <<

^[3] *Bucéfalo*: fue el nombre del caballo de Alejandro Magno; equivocadamente se alude a él en lugar de Incitato, que era el de Calígula quien, efectivamente, lo nombró cónsul romano. <<

^[4] *Bucéfalo*: fue el nombre del caballo de Alejandro Magno; equivocadamente se alude a él en lugar de Incitato, que era el de Calígula quien, efectivamente, lo nombró cónsul romano. <<

^[5] *A novio bajado del cielo / no hay que mirarle el pelo*: la frase hecha, tradicional, dice: «A caballo regalado no se le miran los dientes». <<

^[6] *Salamanca*: en esa ciudad está la Universidad más famosa de España —en la época de la obra, siglo XVIII—. A ella concurrían muchos estudiantes extranjeros sobretodo de las colonias americanas. <<

^[7] *salir de tuna*: hacer vida libre y vagabunda, propia de los estudiantes. <<

^[8] *pelar la pava*: (frase figurada y familiar) mantener conversaciones amorosas: él, desde la calle; ella, asomada a la reja o al balcón. <<

^[9] *pelar la pava*: (frase figurada y familiar) mantener conversaciones amorosas: él, desde la calle; ella, asomada a la reja o al balcón. <<

^[9] *himeneo*: boda, casamiento. <<

^[10] *incontinenti* (del latín): en seguida, al instante. <<

^[11] *bizarría*: gallardía, lucimiento. <<

^[12] *el chusco*: el que dice picardías. <<

^[13] *visto y considerando... no ha lugar*: aquí se da una mezcla de niveles de

lengua jurídico y familiar, el familiar remite a otro texto: «No tiene vela en este entierro».<<

^[14]*(del) Matadero*: no se refiere al barrio de Mataderos actual, sino al Matadero del Alto o de la Convalecencia (cerca de Constitución), donde Echeverría ubicó su cuento homónimo (183...) La platería de Isabel, en cambio, está ubicada en el centro de la ciudad, actual San Telmo.<<

^[15]*mordoré francés*): color marrón con reflejos dorados. <<

^[16]*Dura lex, sed lex*: aforismo latino que significa «La ley es dura, pero es la ley». <<

^[17]*al buen callar llaman Sancho*: refrán que recomienda prudencia y moderación en el hablar. <<